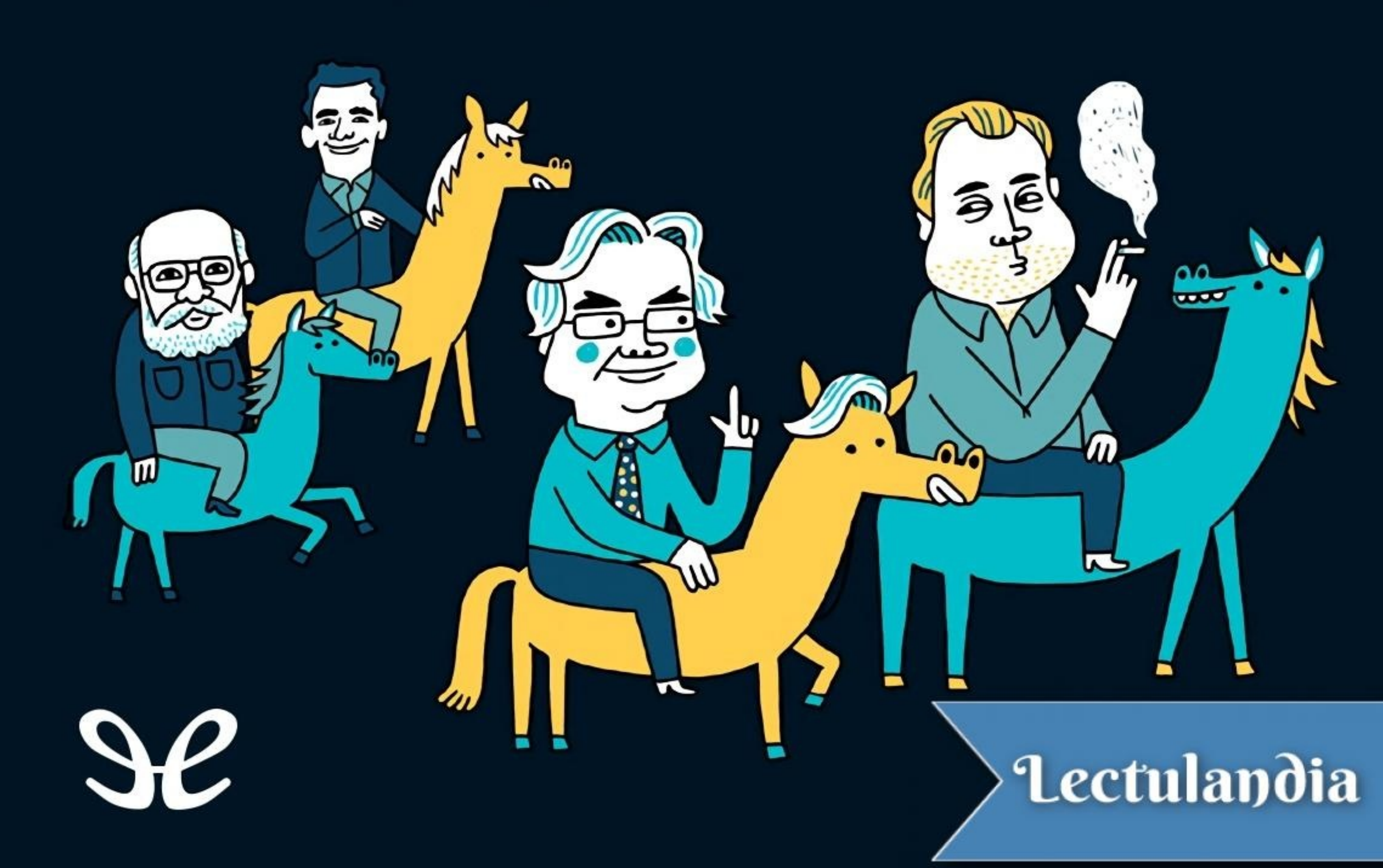
Dawkins
Hitchens
Dennett
Harris

Los jinetes del Apocalipsis

Una conversación brillante sobre ciencia, fe, religión y ateísmo

Prólogo de Stephen Fry



Cuando empezaba a despuntar el movimiento del nuevo ateísmo, los heraldos del ocaso religioso que acabarían siendo conocidos como los «Cuatro Jinetes» —Richard Dawkins, Christopher Hitchens, Daniel Dennett y Sam Harris— se reunieron para tomar una copa y a modo de experimento grabaron la conversación. Así surgió esta charla rompedora y apasionante que enseguida se hizo viral. Los cuatro intelectuales, a cada cual más ocurrente, afrontan en ella las cuestiones fundamentales de la existencia y se animan mutuamente a expresar sin tapujos las propias posturas respecto a Dios y la religión. El debate atañe la crítica cultural, la espiritualidad sin religión, la discusión con los creyentes, las infinitas corrientes del ateísmo moderno y las claves para vivir de forma íntegra. Esta memorable conversación, ahora convertida en libro, constituye una obra de máximo rigor y erudición, pero al mismo tiempo es hilarante e imprevisible. Los participantes que aún viven, Dawkins, Dennett y Harris, han hecho nuevas contribuciones para la presente ocasión en las que reflejan cómo han evolucionado sus opiniones y destacan momentos especialmente ingeniosos de este épico diálogo. El cómico Stephen Fry prologa la edición.

Richard Dawkins & Christopher Hitchens & Daniel Dennett & Sam Harris

Los jinetes del apocalipsis

ePub r1.0
Un_Tal_Lucas 14-05-2020

Título original: *The four horsemen: the conversation that sparked an atheist revolution*
Richard Dawkins & Christopher Hitchens & Daniel Dennett & Sam Harris, 2019
Traducción: Àlex Guàrdia Berdiell

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r2.1


«Durante décadas, los ateos tuvieron que esconder su escepticismo religioso por miedo al ostracismo social o, aún peor, a ser ejecutados por herejía. En el siglo XX se produjo un conato de movimiento ateo, pero hasta la primera década del siglo XXI no experimentó el apogeo cultural coincidiendo con la mecha de la revolución ideológica que prendieron los Cuatro Jinetes —Dawkins, Hitchens, Dennett y Harris—, que se reunieron para demostrar que el ateísmo podía convertirse en un movimiento internacional sumamente influyente. La transcripción de esa conversación tiene una gran relevancia histórica y debería figurar en la biblioteca de cualquier pensador. Un clásico de nuestros tiempos y de la historia en general».

MICHAEL SHERMER,
editor de *Skeptic*

Para Hitch

STEPHEN FRY
PRÓLOGO

—¿Crees en Dios?

—Menuda pregunta… ¿Qué dios? ¿Ganesh? ¿Osiris? ¿Júpiter? ¿Jehová? ¿O en uno de los miles de dioses animistas que se veneran a diario por todo el planeta?

—Vale, vale… Ya que te pones tan quisquilloso, en cualquier dios.

—¿Que si creo en «cualquier dios»?

—A ver, hubo una creación, ¿no? Por tanto, tuvo que haber un creador. Nada viene de la nada. Algo tuvo que iniciarlo todo.

—Voy a pasar por alto el uso imprudente del «por tanto» y te seguiré el juego, por puro interés. A ver adónde nos lleva.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Me das la razón en que hay un creador.

—No te la he dado. He aceptado la hipótesis para ver adónde nos lleva. ¿Quién es este creador que has invocado basándote en que debe existir uno sí o sí?

—Bueno, no se sabe.

—Y lo que es todavía más importante, ¿quién creó a este creador?

—Qué absurdo.

—Pero me acabas de decir que no hay nada que no venga de algún sitio, y que algo tuvo que haberlo iniciado todo. ¿Por qué yo no puedo usar el principio para plantearme de dónde proviene tu creador?

—Tienes que admitir que el amor y la belleza no tienen explicación científica. Que hay algo más…

Como estudiantes todos hemos tenido conversaciones acaloradas, inmaduras y esencialmente fútiles como esta; tensas discusiones y broncas sobre la regresión infinita, desafíos mutuos para demostrar lo indemostrable a altas horas de la madrugada, hartos ya de vino. Todos hemos oído a beatos exponer

sus posturas, aduciendo primero pensamientos y descubrimientos entendidos solo a medias…

> —La misma física cuántica demuestra que no podemos tener nada por cierto.

…y luego alegándolos con desdén:

> —La ciencia no tiene todas las respuestas. ¡Ni siquiera sabe de qué está hecha la mayor parte del universo! Además, solo son teorías.

En la actualidad, la falacia del «ningún auténtico escocés»[1] sigue viva y coleando:

> —El budismo es un pozo de sabiduría. Se ha demostrado que tiene auténtico valor psicológico y cognitivo.
>
> —¿Te refieres a los monjes budistas que ayudaron al ejército birmano a exterminar la etnia de los rohinyás casi hasta el grado del genocidio?
>
> —Pero esos no eran budistas de verdad.

Estas escenas se suceden a diario, y es importante que sea así. Los intercambios de golpes y contragolpes pueden llegar a resultar farragosos, agresivos y cansinamente repetitivos, pero no olvidemos que es un tema cardinal, y las afirmaciones de teístas, meapilas y creyentes son las más trascendentales. Acerca de cualquier cosa. No hace falta tener un doctorado o haber leído las obras de Tomás de Kempis, el Corán, el *Libro de Mormón* y las enseñanzas de Siddharta (y cabe decir que tampoco *El origen de las especies* o *Principia Mathematica*) para poder participar en esos dimes y diretes. ¿Pero no es maravilloso poder escuchar a escondidillas a cuatro tipos que sí lo han hecho? Se te acelera el corazón, sientes mariposas en el estómago y las sinapsis se disparan. Esto es exactamente lo que nos permite este libro: escuchar a cuatro personas que han meditado y peleado con uñas y dientes (pues han sido objeto de réplicas y filípicas públicas como pocos intelectuales de nuestra era) sin perder ni un ápice de su ingenio, humor y proporcionalidad.

Y bien, ¿quiénes son estos Cuatro Mosqueteros de la Mente? ¿Cuál es su proyecto para nosotros y para el mundo? ¿Por qué deberíamos prestarles

atención? Veamos quiénes son uno a uno.

SAM HARRIS (Aramis) es un neurocientífico, moralista, escritor y fiel practicante del jiu-jitsu brasileño (según me comentan, un arte marcial en el que destaca el agarre cuerpo a cuerpo y la lucha feroz en el suelo). Y por si fuera poco, es igual de ducho y hábil en formas de meditación que a un inglés de mi quinta se le antojan incomprensibles y enormemente embarazosas. En serio, no puedo ni pronunciar el término *mindfulness* sin ponerme colorado… Tras los reputados libros *El fin de la fe* y *Carta a una nación cristiana*, Harris publicó otro libro y sacó una serie de *podcasts* muy popular llamada *Waking Up*, en la que se adentra en su gran interés por dilucidar si la moralidad y la espiritualidad pueden subsistir fuera de la educación religiosa.

DANIEL DENNETT (Athos) es un filósofo. Quizás el filósofo vivo más conocido. Hace unos años, eso habría sido como llamar a alguien el mayor experto vivo en mecánica de fluidos o el entomólogo más famoso de la historia, pero actualmente la filosofía y todas sus variedades están muy de moda. Al parecer, jamás había sido una carrera tan demandada en la universidad como ahora. Como lo expresó con maestría el titular de una revista para exalumnos de la Universidad de California en Berkeley, «La filosofía está en auge: sus devotos ya no la ven solo como “una vía interesante hacia la pobreza”». El profesor Dennett ha escrito sobre la mente, la biología evolutiva, el libre albedrío y mucho más. Su libro *Romper el hechizo: la religión como un fenómeno natural* provocó un gran terremoto entre los círculos académicos, intelectuales, religiosos y políticos. Solo por su colaboración con Asbjørn Steglich-Petersen para crear *The Philosophical Lexicon*, un glosario de términos filosóficos en internet, es merecedor de la gloria eterna. E igual que Einstein, Noé y los Kennedy, Dennett es un gran marino.

RICHARD DAWKINS (D’Artagnan) se ha dedicado a explicar la biología evolutiva y el darwinismo a varias generaciones. Sus libros *El gen egoísta* y *El relojero ciego* se reeditan sin parar y continúan siendo una fuente de inspiración, información y asombro. Fue el primer titular de la cátedra Simonyi de la Universidad de Oxford para la Difusión Científica, y se labró una reputación universal como escéptico, «apasionado racionalista» y «ateo a

mucha honra», y también por su gran destreza a la hora de denunciar la charlatanería y la sofistería disfrazada con jerga pseudocientífica. Entretanto, ha cultivado una carrera académica brillante como etólogo y biólogo, ha dado a la lengua el vocablo *meme*[2] y en sus obras como científico nos ha abierto mucho los ojos; y no solo acerca del genotipo, sino de todo el conjunto evolutivo que genera la vida: el fenotipo. La Richard Dawkins Foundation for Reason and Science es un santuario global para el librepensamiento.

CHRISTOPHER HITCHENS (Porthos) fue —cuánto me dolerá siempre tener que hablar de él en pasado— un periodista, ensayista, polemista, inconformista, tertuliano, historiador político, escritor y pensador. Logró sublimar el arte del debate hasta niveles inauditos gracias a una elocuencia preternaturalmente fluida, la profundidad de su saber, una memoria prodigiosa, la picardía, el descaro y el brío. Por suerte, este muchacho de los sesenta y los setenta llegó al menos hasta la época de YouTube, pues muchas de las flagelaciones con que castigó a bobalicones, malevolentes, desinformados e ignorantes perdurarán en el ciberespacio, así como en las páginas de sus numerosos artículos, ensayos y libros.

En su nuevo aporte al libro, Richard Dawkins retrata a la perfección el contexto de este encuentro de los Jinetes, pero vale la pena recordar cómo los cuatro abrieron juntos nuevas puertas dentro del mundo anglófono. Incentivaron el debate por doquier, reforzaron el humanismo y el laicismo de una nueva generación y dieron voz a la sospecha sempiterna —en los últimos tiempos creciente— de que los peores aspectos de la religión, desde la falsedad de la curación por medio de la fe hasta el martirio homicida, no se podían disociar de la naturaleza esencial de la religión. Lo hicieron publicando libros muy influyentes: *El fin de la fe* de Harris, *El espejismo de Dios* de Dawkins, *Romper el hechizo* de Dennett y *Dios no es bueno* de Hitchens. Se opusieron al milenario contexto de desarrollo del fundamentalismo cristiano evangélico en Estados Unidos y del yihadismo criminal del mundo islámico.

El emperador llevaba siglos paseándose, ya era hora de que alguien le señalara con el dedo y recordara al mundo que iba desnudo. Como cabía esperar, la reacción fue intensa. Los cuatro se convirtieron en estrellas mediáticas, y se les invitaba a comentar y debatir a todas horas, en todas

partes. Pero también hubo una contrarreforma. Santurrones de toda condición se alzaron en armas contra estas nuevas voces, muchas veces sin siquiera haberse leído los libros[3]:

> «El nuevo ateísmo no es más que una religión».
>
> «Estos nuevos ateos también son fundamentalistas».
>
> «¿Cómo se atreven a atacar y herir a gente que tiene en la religión su gran fuente de consuelo, alivio y apoyo?».
>
> «Lenin y Stalin impusieron el ateísmo en la URSS, y mira cómo acabaron».
>
> «Nos juzgan a todos según se comportan los peores de nosotros».

Para tratar de refutar todos los planteamientos del nuevo ateísmo se blandieron estas acusaciones, que obviamente no son argumentos, sino afirmaciones cubiertas de una aureola de magnánimo resentimiento. Después de miles de años de supremacía, represión y censura, los adalides de la religión se las ingeniaron para aparecer milagrosamente como víctimas de vejaciones crueles, abuso esnob y persecución intelectual. El coloquio tiene lugar en ese contexto.

De hecho, el primer tema que tratan Dawkins, Dennett, Harris y Hitchens es precisamente el de la «ofensa»: cómo se ofenden los guardianes de la religión siempre que sus afirmaciones y prácticas se analizan bajo el microscopio de la razón, la historia y el conocimiento. Leyendo la charla entre los Cuatro Jinetes, uno se da cuenta de que todas las conversaciones acerca de cualquier ideología o creencia dimanan del debate religioso. La libertad de expresión, la blasfemia, el sacrilegio y la herejía son cuestiones muy relevantes en nuestro mundo —dicho sea de paso, nada novedoso— de guerras culturales, denuncias, injurias, condenas al ostracismo y de las plagas mortales y apocalípticas que han salido parloteando, picando y mordiendo de la caja de Pandora de los medios sociales.

Sí, a la hora de aplastar moscas enemigas los Cuatro Jinetes pueden ser mordaces, y hasta casi crueles. Ahora bien, siempre respetan las reglas, y las reglas de toda actividad intelectual —sea científica o no— se reducen a un solo precepto elemental: someter todas las afirmaciones al tamiz de la lógica

y los hechos comprobables. Para que una tesis prevalezca, debe tener sentido racional y empíricamente.

Esto no significa que el nuevo ateo sea un Spock frío e insensible. La razón y la experiencia indican que la fe de muchos acólitos es sincera. No se pretende abochornar ni denigrar a los creyentes individuales, pero especular sobre la veracidad de las premisas acerca de la fe religiosa es honrado y legítimo. No hay nada despreciable en el *Coeur siemple* de Flaubert, en que la vieja sirvienta Félicité se arrodille recitando el rosario y contemplando las vidrieras de colores encima del altar con maravillada reverencia, pero el dogma divulgado por el cardenal del Vaticano que mantiene a Félicité de rodillas, el palacio con las estancias repletas de vino y el pueblo saturado con edictos absurdos y amenazas escatológicas… en fin, esa sí es una presa fácil y conveniente. Cuando estudiamos la legitimidad de las manifestaciones públicas que influyen en la educación, la legislación y la política, no debería importarnos si herimos sentimientos.

Puede que la verdad sobre la existencia de Dios sea un asunto de primera línea, pero en los debates se abandona enseguida y se sustituye por preguntas de segunda categoría:

> Pese a estar basadas en hipótesis indemostrables, ¿la fe y la creencia en la divinidad y en el más allá pueden ser consideradas positivas?
>
> ¿Es posible que constituyan guías morales y códigos éticos sin los cuales el mundo sería un lugar cruel y turbulento? Muchos de los principios que rigen nuestra vida son metáforas. Independientemente de su veracidad, ¿por qué no íbamos a aceptar un relato religioso como marco en esta cultura relativista condenada por la desaparición de la estructura, la jerarquía y el sentido?
>
> ¿Y qué hay de nuestra inmanencia espiritual y numinosa? ¿Acaso se puede negar que hay un reino en el que la razón, los números y los microscopios no pueden penetrar?

Los Cuatro Valientes afrontan de plano estas cuestiones de segunda. Si bien no llegan a aceptar la insatisfactoria propuesta de Stephen Jay Gould del NOMA (siglas en inglés de «magisterios no superpuestos», idea que se puede traducir como «a la ciencia lo que es de la ciencia y a la religión todo lo demás»), vemos que los cuatro miembros no se niegan a admitir que el mundo, el cosmos y el miedo humano exhiben y experimentan lo numinoso. No obstante, no es ninguna concesión. Pese a lo que algunos diccionarios pueden sugerir, el numen no es una prueba más sólida de la existencia divina

que el lumen; o, ya puestos, que cualquier fenómeno menos atractivo, como pueden ser la crueldad, el cáncer o las bacterias carnívoras.

Lo fantástico de este encuentro es que todas las contribuciones de este cuarteto sobre la religión y el ateísmo, la ciencia y el sentido común pueden aplicarse con la misma urgencia a otros asuntos espinosos de nuestra era. Este diálogo de Dawkins, Harris, Dennett y Hitchens nos recuerda que examinar con independencia, pensar con libertad e intercambiar ideas sin reparo da frutos reales y tangibles. ¿Quién imaginaba que íbamos a ser testigos de cómo se ponía en riesgo el futuro de principios de la Ilustración tan obvios y definitivamente ineludibles?, ¿que dicho futuro se vería amenazado por la ardorosa intolerancia de ambos bandos del viejo espectro político y por nuestra propia cobardía, indolencia e inoportuna gentileza? Este peligro real hace que la publicación del libro sea muy oportuna y bienvenida. Ojalá las nuevas generaciones sigan inspirándose en el glamur y la gloria de los Cuatro, y en el valor y la importancia del intercambio libre y digno de opiniones.

¡Todos para uno y uno para todos!

RICHARD DAWKINS

LA HIBRIS DE LA RELIGIÓN, LA HUMILDAD DE LA CIENCIA Y EL CORAJE INTELECTUAL Y MORAL DEL ATEÍSMO

Entre 2004 y 2007 cinco libros superventas se etiquetaron como la punta de lanza de un movimiento llamado nuevo ateísmo; en algunos círculos incluso se pusieron muy en boga. Fueron *El fin de la fe* (2004) y *Carta a una nación cristiana* (2006) de Sam Harris, *Romper el hechizo* (2006) de Daniel Dennett, *El espejismo de Dios* (2006) de un servidor y *Dios no es bueno* (2007) de Christopher Hitchens. Durante un tiempo, a Sam, Dan y a mí nos llamaron «los Tres Mosqueteros», pero cuando llegó Christopher con sus acometidas ensanchamos el equipo a «los Cuatro Jinetes». Estos calificativos sensacionalistas no los inventamos nosotros, pero tampoco los repudiamos. Ni nos confabulamos. No unimos fuerzas a propósito, pero tampoco nos opusimos a que nos metieran en el mismo saco, y nos encantaba dar la bienvenida a autores reputados como Ayaan Hirsi Ali, Victor Stenger, Lawrence Krauss, Jerry Coyne, Michael Shermer, A. C. Grayling y Dan Barker, entre otros.

En septiembre de 2007 se celebró el congreso anual de la Alianza Atea Internacional en Washington D. C., ciudad en la que vivía Christopher Hitchens. Representando a la Richard Dawkins Foundation for Reason and Science, Robin Elisabeth Cornwell aprovechó la confluencia de los Cuatro Jinetes y organizó una charla que fue filmada por nuestros cinematógrafos. El plan era que Ayaan Hirsi Ali fuera la quinta jinete, una llanera solitaria, pasando así de los Tres Mosqueteros a los Cuatro Jinetes y, de allí, a los Cinco Pilares del Saber. Por desgracia, a última hora Ayaan tuvo que hacer un viaje relámpago a los Países Bajos, donde era diputada. La echamos de menos, pero nos complació mucho que se uniera a los tres jinetes supervivientes en 2012, cuando la Convención Global de Ateos en Melbourne organizó una especie de *remake*[4]. Como era de esperar, su presencia hizo que nos centráramos un poco más en el islam.

Volviendo a la primera reunión de 2007, el 30 de septiembre por la noche nos sentamos los cuatro a la mesa en el piso espacioso y atiborrado de

libros de Christopher y Carol. Conversamos durante dos horas mientras nos tomábamos unas copas, y después disfrutamos de una cena maravillosa. La Richard Dawkins Foundation colgó el vídeo de nuestro coloquio en su canal de YouTube[5], y también lo sacó en un par de DVDs. El texto de este libro es la transcripción del coloquio.

El acto reforzó mi convencimiento de que el debate no siempre necesita de un moderador ni de ninguna clase de desacuerdo o choque para seguir siendo interesante y útil. Aunque no teníamos ni guion, la conversación fluyó sola. Nadie acaparó el micro y tocamos a fondo un buen puñado de temas. Las dos horas pasaron volando, y nunca perdimos el interés. ¿La conversación sin timón sigue siendo interesante para los demás? Eso lo tendrá que decidir cada lector.

De tener la conversación hoy, cerca de una década más tarde, ¿cuánto cambiaría? Es imposible pasar por alto una diferencia flagrante: faltaría Christopher Hitchens, el distinguido anfitrión de esa memorable velada. Cuánto echaríamos de menos —de hecho, echamos de menos— esa voz grave y meliflua de barítono, su prodigiosa erudición, las citas cultas de obras literarias e históricas, el ingenio incisivo pero caballeroso y el ritmo elocuente impulsado por técnicas retóricas como la pausa dramática (que optaba por situar tras la primera palabra de la frase siguiente, y no antes). Tal vez no llegó a monopolizar la conversación a cuatro, pero sin duda tuvo un efecto decisivo en su cadencia.

En vez de rescatar temas trillados, he pensado en aprovechar este escrito para citar otras nuevas tesis que expondría si tuviéramos otra charla hoy.

Entre los múltiples asuntos sobre los que departimos en 2007 estaba la comparación entre la religión y la ciencia en términos de humildad y vanidad. En lo que respecta a la religión, se la acusa de un conspicuo exceso de confianza y de una fantástica carencia de humildad. La expansión del universo, las leyes de la física, la precisión de las constantes físicas, las leyes de la química, la lenta labor de los molinos de la evolución; todos estos elementos se conjuraron para que, tras catorce mil millones de años, pudiéramos llegar a existir. Incluso insistir constantemente en que somos tristes y obscenos hijos del pecado es una suerte de arrogancia invertida. ¡Cuán vanidoso es suponer que nuestra conducta moral tiene algún tipo de valor cósmico! Como si el Creador del Universo no tuviera nada mejor que

hacer que llevar la cuenta de nuestros yerros y méritos. ¡El universo me sigue a cada paso! ¿No es esta la arrogancia que sobrepasa todo entendimiento?

En *Un punto azul pálido*[6], Carl Sagan exculpa a nuestros antepasados lejanos arguyendo que era muy difícil para ellos rehuir este narcisismo cósmico. Sin techo que cubriera sus cabezas ni luz artificial, pasaban las noches observando las estrellas que giraban a lo lejos. ¿Cuál era el eje de esa rueda? Pues el lugar exacto en el que se hallaba el observador, claro. ¿Cómo no iban a pensar que el universo giraba en torno a ellos? Hablamos en los dos sentidos de «en torno», pues también giraba a su alrededor. Su yo era el epicentro del cosmos. Pero con Copérnico y Galileo ese pretexto se evaporó, si es que había sido válido en algún momento.

En cuanto al exceso de confianza de los teólogos, hay que decir que son pocos los que han alcanzado cimas tan altas como las que escaló en el siglo XVII el arzobispo James Ussher. Según su cronología, aseguró con total certeza que el universo había nacido en una fecha concreta: el 22 de octubre del año 4004 a. C. Ni el 21 ni el 23, sino exactamente el 22 de octubre por la tarde. Nada de septiembre o de noviembre; segurísimo, con la aplastante autoridad de la Iglesia, en octubre. Ni en el 4003 ni en el 4005, ni tampoco en algún momento entre el cuarto y el quinto milenio a. C., sino en el año 4004 a. C. y eso va a misa. Como ya he dicho, otros no son tan precisos, pero es propio de los teólogos sacarse cosas de la manga. Tú invéntatelo por la cara e impónselo a los demás dotándote de un halo de autoridad infinita; a veces —por lo menos antiguamente, y aún hoy en las teocracias islámicas— so pena de tortura y muerte.

Esta precisión tan arbitraria también se pone de manifiesto en los prepotentes preceptos vitales que los líderes religiosos imponen a sus prosélitos. Y en lo que atañe al control despótico, el islam es líder destacado… Juega en otra liga. He aquí algunos buenos ejemplos extraídos de un libro de mandamientos breves del islam, a cargo del ayatolá Ozma Sayyed Mohammad Reda Musavi Golpaygani, un insigne «experto» iraní. Solo en lo concerniente a lactar bebés, las nodrizas deben respetar hasta veintitrés reglas minuciosamente detalladas, traducidas como «apuntes». Este es el primero, el apunte 547. El resto son igual de concienzudos, arbitrarios y aparentemente desprovistos de fundamento:

> Si una nodriza amamanta a un niño según se estipula en el apunte 560, el padre de dicho niño no podrá desposarse con las hijas de esa mujer, ni con las hijas del marido al que pertenece la leche, aun cuando sean

> hijas amamantadas por una nodriza, si bien se le permitirá desposarse con las hijas amamantadas por una nodriza de la mujer… [etcétera, etcétera].

Veamos otro ejemplo de la sección relativa a las nodrizas, el apunte 553:

> Si la esposa del padre de un hombre amamanta a una niña con la leche de su padre, dicho hombre no podrá desposarse con esa niña.

¿«La leche de su padre»? ¿Cómo? En fin, supongo que en una cultura en la que la mujer es propiedad del marido la fórmula no es tan extraña como parece.

El apunte 555 es igualmente desconcertante, esta vez en lo referente a la «leche del hermano»:

> Un hombre no podrá desposarse con una chica amamantada por la hermana de él o la esposa del hermano de él con la leche de su hermano.

Desconozco de dónde proviene esta obsesión perturbadora con dar el pecho, pero no carece de fundamento en las Escrituras:

> Cuando se reveló el Corán por primera vez, a partir de los diez amamantamientos el recién nacido pasaba a considerarse un familiar (*mahram*). Más tarde se revocaron los diez amamantamientos y pasaron a ser cinco, como es bien sabido[7].

Esta es una parte de la contestación de otro «experto» a la súplica reciente de una mujer (comprensiblemente) confundida en los medios sociales:

> Di el pecho al hijo de mi cuñado durante un mes, y la esposa de mi cuñado se lo dio a mi hijo. Tengo una hija y un hijo que son mayores que el hijo que amamantó la esposa de mi cuñado, y esta tuvo otros dos hijos antes del niño que yo lacté.
>
> Me gustaría que me explicaran qué tipo de amamantamiento convierte al niño en *mahram* y las disposiciones que rigen para el resto de hermanos. Muchísimas gracias.

Esto de precisar que se puede dar de mamar cinco veces es típico del control despótico religioso de esta clase. Un caso estrafalario fue una fetua dictada en

2007 por el doctor Izzat Atiyya, un profesor de la Universidad de Al-Azhar de El Cairo preocupado por una prohibición impuesta a sus colegas. Según esta, hombres y mujeres no podían estar juntos a solas, e ideó una solución creativa: si la hembra alimentaba «directamente del pecho» a su compañero al menos cinco veces, esto les convertiría en «familiares», con lo que podrían trabajar juntos a solas. Tened en cuenta que no basta con cuatro veces. Parece ser que no estaba bromeando, pero se retractó de su fetua al ver el revuelo que había causado. ¿Cómo puede vivir la gente conforme a reglas tan terriblemente específicas y, al mismo tiempo, tan meridianamente absurdas?

Quizá con cierto alivio pasamos a la ciencia. Muchas veces se acusa a la ciencia de altanería, de afirmar que lo sabe todo, pero nada más lejos de la realidad. A los científicos nos encanta no saber la respuesta porque nos da algo en lo que trabajar y en lo que pensar. Reconocemos la ignorancia con energía al tiempo que proclamamos felizmente lo que hay que hacer.

¿Cómo nació la vida? No lo sé, ni yo ni nadie. ¡Ojalá lo supiéramos! Nos apasiona intercambiar hipótesis y sugerencias respecto a cómo investigarlas. ¿Qué provocó la apocalíptica extinción en masa a finales del Pérmico, hace unos doscientos cincuenta millones de años? No lo sabemos, pero contamos con algunas hipótesis interesantes que sopesar. ¿Cómo era el ancestro común del ser humano y el chimpancé? No lo sabemos, pero nos hacemos una idea. Sabemos en qué continente vivió (Darwin aventuró que fue África), y las pruebas moleculares indican más o menos cuándo (hace entre seis y ocho millones de años). ¿Qué es la materia oscura? No lo sabemos, y a una parte significativa de la comunidad científica de físicos le encantaría averiguarlo.

Para un científico, la ignorancia es un picor que se desvive por ser rascado a placer. Para un teólogo, la ignorancia es algo que hay que barrer inventando algo con descaro. Si eres una figura de autoridad, como el papa, lo harás meditando en privado y esperando a que se te ocurra una respuesta, que luego embadurnarás como «revelación». O quizá lo hagas interpretando —perdón por usar el término— un texto de la Edad del Bronce cuyo autor era aún más ignorante que tú.

Los papas pueden promulgar sus opiniones privadas como «dogmas», pero solo si cuentan con el respaldo de un número significativo de católicos a lo largo de la historia: el hecho de llevar mucho tiempo creyendo en una proposición se considera una prueba de su veracidad, algo difícil de asimilar para una mente científica. En 1950, el papa Pío XII (apodado vilmente como «el papa de Hitler») promulgó el dogma de que María, la madre de Jesús, fue

elevada a los cielos al morir. En cuerpo y alma… «En cuerpo» significa que, si hubierais buscado en su tumba, la habríais encontrado vacía. El razonamiento del papa no incluía evidencia alguna. Citó 1 Corintios 15:54: «Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria». El versículo no menciona a María. No hay ni el más mínimo indicio para pensar que el autor de la epístola estuviera pensando en María. De nuevo vemos la habitual treta de los teólogos de coger un texto e interpretarlo para darle una conexión vaga, simbólica y falaz con algo distinto. Como tantas creencias religiosas, es de suponer que el dogma de Pío XII se basaba, al menos en parte, en la sensación de que para una mujer tan santa como María no podía haber nada más conveniente. Pero según el doctor Kenneth Howell, director del Newman Institute for Catholic Thought and Culture, de la Universidad de Illinois, el papa actuó motivado sobre todo por un sentido distinto de lo que era conveniente. El mundo de 1950 se estaba recuperando de la devastación de la Segunda Guerra Mundial, y necesitaba urgentemente el alivio de un mensaje sanador. Howell cita las palabras del papa, y luego hace su propia interpretación:

> Está claro que Pío XII expresa la esperanza de que meditar sobre la asunción de María haga más sensibles a los fieles respecto a nuestra dignidad común como familia humana. […] ¿Qué haría que los seres humanos fijaran la mirada en su fin sobrenatural y desearan la salvación de sus iguales? La asunción de la Virgen fue un recordatorio y un incentivo para tener más respeto por la humanidad, dado que la asunción no se puede separar del resto de la vida terrenal de María.

Es fascinante ver cómo funciona la mente teológica: sobre todo la falta de interés, incluso el desprecio, por las pruebas materiales. Tanto da si hay pruebas o no de la elevación corpórea de María al cielo; creer en ella sería positivo para la gente. No es que los teólogos mientan a propósito. Parece simplemente que no les importe o interese la verdad; como si ni siquiera supieran lo que es. Degradan la verdad a un estatus insignificante con respecto al de otras consideraciones, tales como el significado simbólico o mítico. Y aun así, los católicos están obligados —sin lugar a dudas— a creer en estas verdades inventadas. Antes incluso de que Pío XII promulgara la asunción como dogma, el papa del siglo XVIII Benedicto XIV había declarado que la asunción de María era «una opinión factible, y que sería impío y blasfemo negarla». Si negar una «opinión factible» es «impío y blasfemo», ¡ya os podéis imaginar la condena por negar un dogma infalible! Nótese otra

vez la atrevida seguridad con que los líderes religiosos afirman «hechos» para los que admiten no tener ninguna prueba histórica.

La *Enciclopedia católica* es un hervidero de jactanciosa sofistería. El purgatorio es una especie de sala de espera celestial en la que los muertos son castigados por sus pecados (se les «purga») antes de ser admitidos al cielo. La entrada de la *Enciclopedia* sobre el purgatorio enumera una larga lista de «Errores», citando las doctrinas equivocadas de herejes como los albigenses, los valdenses, los husitas y los segarelistas, además de Martín Lutero y Juan Calvino, porsupuesto[8].

Las pruebas bíblicas de la existencia del purgatorio son ingeniosas, por así decirlo, usando nuevamente el habitual ardid teológico de la analogía vaga y tramposa. Por ejemplo, la *Enciclopedia* dice que «Dios perdonó a Moisés y Aarón por su incredulidad, pero como castigo les barró el paso a la "tierra prometida"». Ese destierro se lee como una especie de metáfora para el purgatorio. Más horripilante resulta el asesinato que comete David contra Urías el hitita a fin de poder casarse con la bella esposa de este. El Señor lo perdonó, pero no le dejó irse de rositas, sino que mató al retoño nacido del matrimonio (2 Samuel 12:13 y 12:14). Quizá penséis que fue un poco riguroso con el pequeño inocente, pero según parece se trata de una útil metáfora para expresar el semicastigo que constituye el purgatorio, hecho que los autores de la *Enciclopedia* no pasan por alto.

El apartado «Pruebas» de la entrada sobre el purgatorio es interesante porque pretende hacer alarde de una especie de lógica. El argumento es el siguiente: si los muertos fueran directamente al cielo, no tendría sentido rezar por sus almas. Y eso es precisamente lo que hacemos, ¿no? Por tanto, se entiende que no van directamente al cielo. Por tanto, debe haber un purgatorio. QED. ¿En serio a los profesores de teología se les paga por cosas como esta?

Pero ya basta, volvamos a la ciencia. Cuando los científicos no conocen la respuesta, lo saben. Pero cuando sí la conocen también lo saben, y no deberían cortarse a la hora de divulgarla. No hay nada vanidoso en expresar hechos consabidos cuando se tienen pruebas categóricas. Vale, los filósofos de la ciencia nos dicen que un hecho es solo una hipótesis que algún día puede demostrarse falsa, pero que hasta el momento ha superado los exámenes más exigentes. Defendamos esa máxima, por supuesto, aunque lo hagamos a regañadientes y murmurando, al estilo de Galileo y su «*Eppur si muove*», las sensatas palabras de Stephen Jay Gould:

En ciencia, *hecho* solo significa «con tal grado de confirmación que

> sería perverso no consentir en ello provisionalmente». Supongo que mañana las manzanas podrían empezar a levitar, pero esa posibilidad no merece la misma atención en las clases de física[9].

Según la definición previa, los hechos son los siguientes (y ninguno se lo debemos a las incontables horas dedicadas al raciocinio teológico). El universo empezó hace unos trece mil o catorce mil millones de años. El Sol y los planetas que orbitan a su alrededor, incluido el nuestro, se condensaron a partir de un disco giratorio de gas, polvo y rocas hace cerca de cuatro mil quinientos millones de años. El mapamundi ha ido cambiando a lo largo de decenas de millones de años. Conocemos la configuración aproximada y la ubicación de los continentes en cada una de las etapas geológicas. Incluso podemos predecir y dibujar cómo cambiará el mapa del mundo en el futuro. Sabemos en qué se diferencian las constelaciones del firmamento de las que observaron nuestros antepasados, y sabemos cómo las verán nuestros descendientes.

La materia del universo se distribuye en cuerpos específicos de forma nada aleatoria. Un montón de ellos rotan, cada uno sobre su propio eje, y muchos orbitan de forma elíptica en torno a otros cuerpos según leyes matemáticas que nos permiten predecir, con precisión milimétrica, cuándo se darán sucesos insólitos como los eclipses y los tránsitos. Estos cuerpos —estrellas, planetas, planetesimales, amorfos pedazos de roca, etc.— se agrupan a su vez en galaxias. Hay millones y millones de ellas, y se encuentran separadas por distancias de una magnitud mayor que la del espacio (ya de por sí gigantesco) que hay entre las (nuevamente millones y millones de) estrellas de cada galaxia.

La materia se compone de átomos, de los cuales hay un número finito: los ciento y pico elementos. Conocemos la masa de cada uno de estos átomos elementales, y sabemos por qué los elementos pueden tener más de un isótopo con una masa ligeramente distinta. Los químicos saben una infinidad de cosas acerca de cómo y por qué los elementos se combinan formando moléculas. En las células vivas, las moléculas pueden ser sumamente grandes, constituidas por miles de átomos que se relacionan entre ellos de una forma precisa y conocida a la perfección. Los métodos mediante los cuales se descubren estas macromoléculas son la mar de ingeniosos, con mediciones meticulosas sobre la dispersión de rayos X irradiados a través de cristales. Entre las macromoléculas descubiertas con este método está el ADN, la molécula genética universal. También se conoce con todo lujo de detalles el código puramente digital con el que el ADN influye en la forma y la naturaleza de

otra clase de macromoléculas: las proteínas, las perfeccionadas y elegantes máquinas de la vida. Lo que todavía se está estudiando es la forma en que estas proteínas alteran el comportamiento de las células que se desarrollan dentro de los embriones, influyendo así en la forma y el funcionamiento de todos los seres vivos. Se sabe un montón de cosas, pero quedan muchas montañas por escalar.

Podemos anotar la secuencia exacta de letras del código de ADN en un gen concreto de cualquier animal. Es decir, podemos contar con total precisión el número de discrepancias de una sola letra entre dos individuos. Esto resulta útil para calcular cuánto hace que vivió su antepasado en común. Así se pueden hacer comparaciones dentro de una especie —entre tú y Barack Obama, por ejemplo— y también entre diferentes especies, como entre tú y un cerdo hormiguero. Repetimos que se pueden contar las discrepancias con exactitud. El número de discrepancias aumenta según nos remontamos hasta llegar al antepasado en común. Esa precisión nos levanta el ánimo y nos permite sentirnos orgullosos de nuestra especie: el *Homo sapiens*. Por una vez, y sin caer en la vanidad, parece conveniente usar la denominación específica de Carl von Linné.

La vanidad es orgullo injustificado, pero el orgullo puede estar justificado, y la ciencia lo demuestra con creces. Así como Beethoven, Shakespeare, Miguel Ángel o Christopher Wren. Y los ingenieros que construyeron los colosales telescopios en Hawái y en las islas Canarias, los gigantescos radiotelescopios y los enormes conjuntos que contemplan a ciegas el hemisferio celeste del sur, o el telescopio orbital Hubble y la nave espacial que lo lanzó. Cuando me mostraron el CERN, lloré literalmente al ver las hazañas de la ingeniería que se llevan a cabo en las profundidades combinando tamaños inmensos con tolerancias milimétricas en la medición. Los ingenieros, matemáticos y físicos de la misión Rosetta, en la que se consiguió hacer aterrizar con suavidad un vehículo robot en un punto diminuto de un cometa, también me hicieron sentir orgulloso de ser humano. Es posible que, algún día, con una versión modificada de la misma tecnología podamos salvar el planeta desviando un peligroso cometa como el que aniquiló a los dinosaurios.

¿Quién no siente arder su orgullo de humano cuando oye hablar sobre cómo los instrumentos del LIGO, sincronizados en Louisiana y el estado de Washington, detectaron ondas gravitatorias más estrechas que un protón? Esta proeza de la medición, con su profundo significado para la cosmología,

equivale a medir la distancia desde la Tierra hasta la estrella Próxima Centauri con un margen de error igual a un cabello.

En las pruebas experimentales de la teoría cuántica se logra una precisión similar. Y en este caso hay un desajuste revelador entre nuestra capacidad para demostrar las predicciones en un experimento, más allá de cualquier duda, y nuestra capacidad para visualizar la teoría en sí misma. Nuestros cerebros evolucionaron de forma que pudiéramos captar el movimiento de objetos del tamaño de búfalos desplazándose a la velocidad de un león por espacios más o menos proporcionados, como los que ofrece la sabana africana. La evolución no nos pertrechó de una intuición a lo Einstein para saber lo que pasa con los objetos que se mueven a la velocidad de la luz a través de espacios inconmensurables; o con los objetos sencillamente extravagantes y demasiado pequeños para tan siquiera ser considerados objetos. No obstante, la capacidad emergente de nuestros evolucionados cerebros nos ha permitido erigir la cristalina red matemática por medio de la cual predecimos con precisión cómo se comportarán los entes que escapan al radar de nuestro entendimiento intuitivo. Esto también hace que me sienta orgulloso de ser humano, aunque no estoy entre los matemáticamente dotados de nuestra especie.

También nos llena de orgullo la tecnología avanzada cotidiana, aunque ya no nos sea tan extraña. El teléfono inteligente, el portátil, el GPS del coche y los satélites por los que se guía, el propio coche, el descomunal avión que puede levantar su propio peso, además del de los pasajeros, el cargamento y las ciento veinte toneladas de combustible con las que completa viajes de trece horas y más de diez mil quilómetros.

Algo menos común, pero llamado a popularizarse, es la impresión 3D, con la que un ordenador «imprime» un objeto sólido —como un alfil de ajedrez— concatenando una serie de capas. Se trata de un proceso radical y curiosamente distinto a la versión biológica de la impresión 3D: la embriología. Las impresoras 3D pueden hacer una copia exacta de un objeto. Una de las técnicas empleadas es dar al ordenador una serie de fotografías desde todos los ángulos del objeto en cuestión, y el aparato calcula de forma prodigiosa las matemáticas para sintetizar la forma sólida específica integrando las vistas angulares. Puede que haya formas de vida en el universo que tengan hijos con un sistema parecido de escaneo, pero nuestra reproducción funciona de otra manera. Por cierto, este es el motivo por el que casi todos los libros de texto sobre biología se equivocan al describir el ADN como un modelo para la vida. El ADN puede ser un modelo de una proteína,

pero no de una criatura. Se asemeja más a una receta o a un programa informático.

No somos arrogantes ni vanidosos por celebrar la cantidad de cosas que sabemos gracias a la ciencia, ¡y con el detalle con que las sabemos! Nos limitamos a decir una verdad sincera e irrefutable. Igual de honesto es admitir con franqueza cuántas cosas nos quedan por saber aún; la titánica empresa que falta por llevar a cabo. Es la antítesis por antonomasia de la vanidad. La ciencia contribuye a mansalva al saber —en volumen y detalle— y, a la vez, es humilde a la hora de señalar qué no sabemos. En cambio, la religión tiene la humillante fama de no haber contribuido en absoluto a lo que sabemos, además de la confianza presuntuosa y desmedida en supuestos hechos que simplemente se ha inventado.

Pero aún quiero subrayar otra cuestión menos obvia del contraste entre la religión y el ateísmo. A mi juicio, la filosofía atea tiene una virtud de coraje intelectual no reconocida. Voy a comenzar con lo que al lector le parecerá una digresión.

La nube negra[10] de Fred Hoyle, una de las mejores novelas de ciencia ficción que he leído jamás (pese a su repugnante héroe), tiene todo lo que debería tener la ciencia ficción de la buena: entretiene y, a la vez, informa y divulga datos científicos verdaderos. La nube negra es una criatura alienígena con una inteligencia sobrehumana que de repente se pone a orbitar alrededor del Sol para nutrirse de la energía solar. Al final los científicos logran comunicarse con ella, y las tragedias se suceden. En el clímax de la novela, le piden a la nube que les revele todo su saber, que aventaja tanto al de esos físicos como el conocimiento de estos aventaja al de… no sé, ¡Aristóteles! La nube acepta, pero les explica que es mejor apuntar el código lumínico con el que impartirá su conocimiento uno por uno. Dave Weichart, un joven y brillante físico, se presenta voluntario, pero acaba entrando en una especie de trance del que no llega a recuperarse, y muere de sobrecalentamiento cerebral. Luego le pasa lo mismo a Christopher Kingsley, el astrofísico héroe del cuento, no sin antes dar mucha guerra. La idea básica es que el cerebro humano, incluso el de un físico de alto coturno, no está preparado para procesar el conocimiento sobrehumano.

A continuación, la nube se marcha a otra parte de la galaxia en una misión urgente. Según dice, a pesar de sus inconmensurables conocimientos, hay ciertos problemas, llamados Problemas Insondables, que escapan incluso a su entendimiento. Como todo buen científico, la nube negra sobrehumana es lo bastante humilde como para saber lo que no sabe. En realidad, se va

porque, a solo unos cuantos años luz, otra nube negra vecina ha anunciado que ha encontrado la solución a los Problemas Insondables (se supone que una solución algo más enrevesada que $2 + 2 = 4$). Sin embargo, tras esa comunicación no se ha recibido ninguna otra, y nuestra nube, que es la que se halla más cerca, siente la obligación de ir a investigar si el descubridor ha muerto o si sigue vivo para transmitir la respuesta a los Problemas Insondables que tanto tiempo llevan buscando. A la postre, se deja entrever al lector que la nube vecina murió por un achaque superior al sobrecalentamiento letal que mató a Weichart y Kingsley.

¿Cuáles son nuestros Problemas Insondables? ¿Qué preguntas van a resultarnos siempre imposibles de responder? A principios del siglo XIX, lo primero que se nos habría ocurrido es el modo en que la vida compleja surgió y se diversificó, pero no hay duda de que Darwin y sus sucesores ya dieron una respuesta. Supongo que las preguntas insondables que quedan son cosas de este estilo: ¿cómo crea la fisiología cerebral la consciencia del sujeto? ¿De dónde vienen las leyes de la física? ¿Qué fue lo que determinó las constantes físicas fundamentales, y por qué parecen perfectas para producirnos a nosotros? Y ¿por qué hay algo en vez de nada? El hecho de que la ciencia (todavía) no pueda contestar a estas preguntas da fe de su humildad. Es evidente que no significa que la religión sí pueda dar una respuesta. Puede que la ciencia resuelva estos Problemas Insondables durante el próximo siglo, o puede que no. Pero si no los puede dirimir la ciencia, incluyendo la ciencia de extraterrestres evolucionados sobrehumanos, no hay nada que los pueda resolver. Y la teología menos aún.

Antes he dicho que iba a hablar del coraje intelectual de la filosofía atea, y lo haré en el marco de los Problemas Insondables. ¿Por qué hay algo en vez de nada? En el libro *Un universo de la nada*[11], nuestro compañero físico Lawrence Krauss sugiere de forma controvertida que, por razones de la teoría cuántica, la Nada (la mayúscula es intencional) es inestable. Al igual que la materia y la antimateria se destruyen mutuamente para crear la Nada, lo mismo puede pasar a la inversa. Una fluctuación cuántica aleatoria hace que la materia y la antimateria surjan espontáneamente de la Nada. Los críticos de Krauss se centran en gran medida en la definición de la Nada. Puede que su versión no sea lo que todo el mundo entiende por la nada, pero al menos es sublimemente simple; y es como debe ser, si su objetivo es satisfacernos como base para una explicación «grúa» (expresión de Dan Dennett), como la inflación cósmica o la evolución. Es simple en comparación con el orbe que nació *a posteriori* como consecuencia de procesos por lo general bien

entendidos: el *Big Bang*, la inflación, la formación de galaxias y estrellas, la formación de elementos en el seno de las estrellas, las supernovas que escupen los elementos hacia el espacio, la condensación de nubes de polvo ricas en elementos en planetas como la Tierra, las leyes de la química según las cuales —al menos en este planeta— nació la primera molécula autorreplicante, y luego la evolución mediante la selección natural y el conjunto de la biología que, por lo menos en principio, ya comprendemos.

¿Por qué hablar de coraje intelectual? Porque en lo emocional la mente humana, incluyendo la mía, se rebela contra la idea de que algo tan complejo como la vida, y el resto del universo en expansión, pudiera haber sucedido «porque sí». Hace falta coraje intelectual para salvarte a ti mismo de la incredulidad emocional y convencerte de que no hay ninguna otra elección racional.

A menor escala, recuerda la respuesta emocional a un truco sensacional de un mago de primera: Jamy Ian Swiss, Derren Brown o Penn y Teller. La emoción se derrite por gritar: «¡Es un milagro! Tiene que haber algo sobrenatural», y poco le falta por ahogar la apocada pero todavía viva voz de la razón: «No, solo es un truco, hay una explicación racional». La voz vacilante adopta el tono (imagino que) paciente y con acento escocés de David Hume: «¿Qué es más probable, que acabe de pasar algo imposible o que el mago te haya tomado el pelo?». No hace falta entender cómo se hizo el truco para dar un salto valeroso a la razón y decir: «Por muy difícil que sea de asimilar, sé que solo es un truco. Las leyes de la física están a buen recaudo».

Ahora pasa del truco de magia al universo. También en este caso la emoción aclama: «No, ¡es imposible! ¿Me estás diciendo que el universo entero, conmigo, con los árboles, con la Gran Barrera de Coral, la galaxia de Andrómeda y cada uno de los dedos de un tardígrado, nació de resultas de una serie de colisiones atómicas sin sentido, sin supervisor ni arquitecto? No lo dices en serio. ¿Toda esta complejidad y esplendor dimanó de la Nada y de una fluctuación cuántica cualquiera? ¡Venga ya!». Y la razón vuelve a replicar con parsimonia y sobriedad: «Sí. Entendemos la mayor parte de los eslabones de la cadena, aunque hace relativamente poco que lo sabemos. En el caso de los eslabones biológicos, los comprendemos desde 1859. Pero lo más importante es que, aun cuando nunca pudiéramos llegar a entenderlos todos, nada puede alterar la premisa de que, por muy improbable que sea aquello que estás intentando explicar, postular un dios creador no te servirá de mucho, puesto que esa deidad necesitaría exactamente la misma clase de explicación». Por más difícil que sea explicar el origen de la simplicidad, el

surgimiento espontáneo de la complejidad es, por definición, menos plausible. Y una inteligencia creativa capaz de diseñar un universo sería sumamente improbable, y requeriría con urgencia una explicación privativa. Tanto da que la respuesta naturalista al enigma de la existencia sea muy improbable, la alternativa teísta lo es aún más. Pero hace falta que la razón dé un salto valiente para aceptar la conclusión.

A esto me refería al decir que la doctrina atea exige coraje intelectual. Y moral. Como ateo dejas atrás a tu amigo imaginario, renuncias a la garantía reconfortante de una figura paternal celestial que te saque las castañas del fuego. Vas a morir, y cuando tus seres queridos mueran no los volverás a ver. No hay ningún libro sagrado que te pueda decir lo que hay que hacer, ni qué está bien y qué está mal. Eres un adulto inteligente. Debes afrontar la vida y las decisiones morales. Pero ese coraje adulto está revestido de dignidad, lleva la cabeza alta y afronta de cara la cruda realidad. No estás solo: la calidez de tus iguales y un legado cultural que ha dado como frutos no solo el conocimiento científico y el bienestar material que aportan las ciencias aplicadas, sino también el arte, la música, el derecho y el discurso civilizado sobre los principios morales. Puede haber un diseño inteligente de la moralidad y los valores para la vida a cargo de seres humanos inteligentes y reales, de carne y hueso. Los ateos tienen el coraje intelectual suficiente para aceptar la realidad como lo que es: algo maravillosa y sorprendentemente explicable. Los ateos tienen el coraje moral para vivir al máximo la única vida de la que van a disponer; para abrazar por completo la realidad, regocijarse en ella y, en definitiva, hacer cuanto puedan para dejarla mejor de lo que estaba.

DANIEL DENNETT
QUE LO SEPAN LOS VECINOS

Es fácil calcular mal los efectos de nuestros actos. Puede resultar tentador sobrevalorar su impacto y agenciarnos un mérito indebido por una tendencia que ya estaba a punto de manifestarse. Hay quienes han destacado nuestro encuentro como catalizador para lo que podría llamarse la Gran Reacción, que está vaciando las iglesias de medio mundo. No obstante, ninguno de nosotros ha respaldado nunca esa visión simplista, por muy gratificante que nos resulte. Igual de factible es el error opuesto: infravalorar cuánto pueden ayudar unos pocos mensajes oportunos. Actualmente los *memes* se pueden hacer virales en menos que canta un gallo gracias a la transparencia que ha traído consigo el hecho de que todo el mundo adoptara internet y sus dispositivos de soporte (sin olvidarnos de la radio y la televisión).

Hace unos años, el profesor del MIT Media Lab Deb Roy y yo resaltamos estas perspectivas en un artículo publicado en *Scientific American*. En él comparamos el bullicio actual con la explosión cámbrica de hace 543 millones de años[12], extraordinariamente creativa pero también destructiva. El zoólogo australiano Andrew Parker ha presentado la hipótesis de que un cambio químico hizo que los fondos marinos de poca profundidad fueran más transparentes, cosa que dio pie a esa auténtica carrera armamentística evolutiva que provocó la extinción de antiguas ramas del árbol de la vida y la aparición de nuevas[13]. Independientemente de que Parker tenga más o menos razón acerca de la explosión cámbrica —y por si sirve de algo, yo creo que la tiene—, de lo que no cabe duda es de la explosión de internet a la que estamos asistiendo hoy.

> Jamás habíamos podido ver desde tan lejos, con tanta rapidez y de forma tan barata; y los demás también nos pueden ver a nosotros. Y tanto tú como yo vemos que todo el mundo puede ver lo que vemos, en un salón de espejos recursivo de conocimiento mutuo que amplía nuestras posibilidades y, al mismo tiempo, nos refrena. El eterno juego del escondite que ha dado forma a toda la vida en el planeta ha cambiado de repente de terreno de juego, de equipamiento y de

reglamento. Los jugadores que no logren adaptarse no durarán mucho[14].

Sin duda, el auge del nuevo ateísmo fue posible en gran medida gracias a la expansión del conocimiento mutuo. Puede que algunos de tus mejores amigos sean ateos, y puede que tú lo sepas. Pero ahora casi todo el mundo es consciente de que casi todos los demás tienen algún amigo ateo, hecho que hace mucho menos aterrador y peligroso salir figuradamente del armario. Cuanto más numeroso es un grupo, más fuerte; pero lo es todavía más cuando se apercibe de ello. Permite una cierta coordinación, y esta no tiene porqué planearse ni siquiera con gran esmero. Recientemente se ha demostrado que las bacterias, que se cuentan entre los seres vivos con menos capacidad de entendimiento, practican la percepción de cuórum y retrasan su participación en las tácticas nuevas más simples hasta detectar suficientes aliados cerca para organizar una actuación en masa.

Hay otro efecto relativamente pequeño que puede lograr la gente corriente. No necesitas tener poder político, ser famoso o elocuente, ni siquiera tener una influencia considerable en tu comunidad: puedes ser un ánodo de sacrificio. El término suena peligroso y religioso, pero no lo es. Es muy conocido entre marineros, pescadores y otros trabajadores de barcos y navíos. También se le conoce como «sistema de protección catódica», o simplemente «zinc». O a veces «plato de sacrificio», un término que me gusta porque evoca imágenes de lo más espantosas. (¿Os acabáis de imaginar la cabeza de Juan el Bautista en la bandeja de Salomé?).

Cuando un navío o un barco de acero con una hélice de bronce o de latón flota en aguas saladas, se genera una especie de batería en la que los electrones fluyen de forma fortuita del acero a la aleación y la corroen a un ritmo vertiginoso. Una hélice nueva de latón se puede oxidar en unos días y estropearse en apenas unos meses. Es inútil pintarla con algún tipo de capa protectora. La solución es empernar en el acero una pequeña pieza de zinc (se pueden emplear otros metales, pero el zinc es el mejor por varios motivos). Otro método es enroscar una especie de tuerca de zinc en el eje de la hélice de acero inoxidable. En términos galvánicos el zinc es más activo que la aleación de latón o de bronce, de forma que la diminuta pieza absorbe todo el calor (la corriente) y se sacrifica para proteger la parte que tiene que hacer el trabajo más arduo. Una vez al año se puede sustituir con facilidad la pieza de zinc, ya prácticamente hecha un cascajo, por un nuevo ánodo de sacrificio.

La moraleja política que se extrae de esta analogía es evidente. Si eres un senador o representante de Estados Unidos, por ejemplo, o un funcionario

cualquiera cuya eficiencia se vería muy menguada en caso de cobrar una reputación de extremista (en cualquier grado o sentido), es muy útil tener a otros más a la intemperie, visibles e impávidos, que puedan tolerar ser percibidos como «demasiado radicales» porque su sustento y seguridad no dependen en exceso de tener esa fama. Como los integrantes de ambos lados del espectro político sienten la necesidad de caricaturizar y exagerar las opiniones de la oposición, la eficacia de la promoción política depende de que se pueda abdicar de opiniones más activas en términos galvánicos de aquellas personas que comparten nuestra perspectiva.

Hay ciertos límites, por descontado. Como en cualquier otra carrera armamentística, existe una interacción dinámica, y si la polarización se torna demasiado extrema —con muchas personas dispuestas a convertirse en ánodos de sacrificio de sus políticos favoritos—, la valía del principio estratégico se esfuma. Pero entonces puede resultar útil expresar con franqueza y sinceridad nuestras verdaderas opiniones, por muy aburridas y mediocres que nos parezcan. Exponer tranquilamente a nuestros allegados que estamos a favor de A, que rechazamos B o que pensamos que C no es de fiar —en suma, no ser solo un ciudadano informado, sino un ciudadano que informa— puede contribuir de forma sustancial a reducir la polarización y a atraer la opinión mayoritaria hacia aquellas posiciones con las que nos identificamos.

La diversidad de opiniones entre los cuatro constituye un buen ejemplo práctico de estos factores. Por una vez en mi vida hago de «poli bueno», pues en mi opinión deberíamos intentar preservar el bien que pueden hacer las religiones organizadas. ¿Es verdad que la religión «lo intoxica todo», como insistía en remarcar mi querido amigo Hitch[15], por desgracia ya fallecido? Para mí solo en un sentido muy leve. Hay muchas cosas que con moderación son bastante inocuas, pero en cantidad sí son perjudiciales. Comprendo por qué Hitch hacía hincapié en esa idea. Como corresponsal en el extranjero había vivido de primera mano muchas experiencias peligrosas con los peores atributos de la religión, mientras que yo solo sé esas cosas indirectamente; a menudo gracias a sus reportajes. Personalmente, en cambio, he conocido a individuos que, si una u otra organización religiosa no los hubiera aceptado sin juzgarlos, tendrían una vida muy solitaria. Lamento el irracionalismo residual que encumbran casi todas las religiones, pero no veo que el Estado esté desempeñando bien ese papel de socorro y confort, así que hasta que no encontremos organizaciones laicas que asuman esa humana tarea, no estoy a favor de prescindir de las iglesias. Preferiría ayudar a transformar estas

organizaciones en entes que no cayeran en la trampa de comprometerse de manera irracional —y necesariamente ilusoria— a esa patente absurdidad.

Hay confesiones que ya han hecho este proceso de maduración, y lo celebro. Richard y Sam tienen sus propios criterios respecto a estas cuestiones, y no tenemos ningún reparo en expresar nuestros desacuerdos cuando aparecen, pero considero que todas son diferencias de opinión respetuosas y constructivas, hasta donde yo sé. Aquellos que escudriñen la transcripción de nuestra charla buscando un credo uniforme o una contradicción acallada por motivos políticos se irán de vacío. Tiene gracia cuando nos acusan de tener nuestra propia «fe», nuestra propia «religión» —como si los ateos fuéramos tan impresentables como los creyentes—, a la vista de que el único dogma que compartimos y que son capaces de mentar es nuestra confianza en la verdad, la evidencia y la persuasión honesta. No es una fe ciega, sino todo lo contrario: ponemos a prueba, enmendamos y defendemos provisionalmente nuestra fe mediante nuestros sentidos y nuestro sentido común. A diferencia de los predicadores que nos intentan seducir hacia cualquier religión, aceptamos de buen grado que debemos probar las tesis que defendemos, y nunca recurrimos a textos sagrados ni pronunciamientos ex cáthedra.

SAM HARRIS
EN BUENA COMPAÑÍA

Desde que apareció en la prensa el calificativo «nuevos ateos», Richard Dawkins, Daniel Dennet, Christopher Hitchens y un servidor hemos sido simultáneamente encomiados y vilipendiados. Huelga decir que es un gran honor que me asocien con ellos, pero eso ha dado la falsa impresión de que muchas veces conspirábamos juntos. Es cierto que de vez en cuando un par o tres de nosotros hemos coincidido en alguna conferencia o evento, pero el libro que vais a leer contiene la transcripción de la única conversación que mantuvimos entre los cuatro.

Christopher falleció en 2011, hecho que confiere a este documento un aire especialmente melancólico. No cabe duda de que los últimos años hemos acusado su ausencia. Siempre que se me han acercado desconocidos para decirme: «Echo de menos a Hitch», sus palabras se proferían en son de protesta por alguna atrocidad reciente contra la razón o el buen gusto. Me las expresan cuando acaba de pasar un abusón por la izquierda o la derecha sonriendo maliciosamente, sin que nadie le plante cara. Se han convertido en una especie de mantra entonado sin esperanza alguna de que surta efectos, verbalizadas ante peligrosas banalidades o mentiras. Suelo detectar en ellas un deje de reproche. A veces pretendido.

Yo también echo de menos a Hitch, pero quiero resistir a la tentación de dedicarle más cumplidos en esta ocasión. A fin de cuentas, a todos nos llegará la hora de salir del escenario. Con todo, quedará un testimonio de nuestra conversación. Optamos por grabarla casi a última hora, y ahora me alegro.

Tratarnos a Richard, a Dan, a Christopher y a mí como a un solo ateo de cuatro cabezas ha hecho que se omitieran diferencias significativas de énfasis y opinión, pero sí resulta bastante acertado en los asuntos importantes: ¿hay alguna diferencia entre creer algo por buenos motivos y creerlo por malos motivos? ¿La ciencia y la religión difieren en el grado en que respetan esta diferencia? Si lo expresamos así, el debate está resuelto antes de empezar.

Por más dispares que fueran nuestros intereses, todos teníamos muy presente que el dogmatismo religioso entorpece el conocimiento honesto y divide a la humanidad innecesariamente. Salta a la vista que lo segundo es

una peligrosa ironía, pues una de las facultades más ensalzadas de la religión es que une a la gente. Es verdad que eso también lo consigue, pero normalmente lo hace alimentando el tribalismo y engendrando miedos morales que en caso contrario no existirían. El hecho de que hombres y mujeres cuerdos puedan hacer el bien pensando en Dios no es una réplica válida, puesto que la fe les da malas razones para comportarse rectamente, aun habiendo buenas razones. Los cuatro planteamos estas ideas de manera muy recurrente, y a veces son recibidas con aprobación, otras con silencio sepulcral.

En verdad, no hace falta hablar mucho para cerrar la puerta a la fe en una deidad omnisciente, omnipotente y benevolente como la que conciben cristianos, musulmanes y judíos. Coged un periódico cualquiera: ¿qué veis?

Hoy, que han nacido dos gemelas idénticas en Brasil con microcefalia. ¿Que cómo pasan estas cosas? Pues un mosquito portador del virus del Zika, que también creó Dios en su abundancia, picó a la madre, y entre los múltiples efectos desagradables de este virus está el hecho de que los fetos de aquellas mujeres que tienen la mala suerte de estar infectadas desarrollan cabezas y cerebros diminutos, con lo que viven muy poco tiempo.

Imaginaos a esa mujer unos meses antes, haciendo todo lo humanamente posible para dar a sus hijas nonatas una vida feliz. Trabaja en una fábrica, y no hay duda de que reza todos los días.

Pero en el momento clave está dormida, quizá soñando en un mundo mejor que el nuestro. Un mosquito solitario encuentra la ventana abierta, se posa sobre su brazo descubierto. ¿Acaso el omnisciente y enteramente benevolente Dios alzará un dedo en su defensa? No hará ni el más ligero ademán, y la probóscide del mosquito se clavará en su piel en un visto y no visto. ¿En qué deben creer los devotos llegados a este punto? Cabe suponer que ya deben de saber que su Dios no es ni de lejos tan solícito como lo sería en caso de ser real.

Es decir, nada impidió que este minúsculo monstruo, descendiente de una larga cadena de monstruos que llevan unos doscientos millones de años propagando enfermedades, bebiera la sangre de esta mujer inocente y, a cambio del festín, destruyera la vida de sus dos hijas aún no nacidas.

Un solo caso es capaz de desmontar bibliotecas enteras de sofisterías y falacias teológicas. Y aun así, surge el horror. Figuraos a la mujer percatándose de la roncha en el brazo a la mañana siguiente: una molestia menor de una vida que pronto va a conocer la tragedia. Tal vez haya oído rumores sobre el Zika y sepa cómo se propaga el virus. Entonces sus

oraciones adquieren un fervor exacerbado. ¿Con qué fin? ¿Acaso el consuelo tan inmerecido que aporta la fe puede compensar la ironía de adorar a una deidad tan impotente, malvada o, por qué no decirlo, imaginaria?

Hay fuentes de esperanza y consuelo más allá de Dios. No hace falta ignorancia ni mentira alguna para gozar del arte, la literatura, el deporte o la filosofía, o de cualquier otra forma de creatividad y meditación. Y luego tenemos la ciencia, que aparte de sus recompensas intrínsecas, será la auténtica fuente de piedad en este caso. Cuando al final se descubra la vacuna o la cura para el Zika y se prevengan incontables tragedias y muertes, ¿los devotos se lo agradecerán a Dios?

Seguro que sí. Por eso deben prolongarse estas conversaciones…

RICHARD DAWKINS, CHRISTOPHER HITCHENS, DANIEL DENNETT Y SAM HARRIS

LOS JINETES DEL APOCALIPSIS

Washington D. C.
30 de septiembre de 2007

PRIMERA PARTE

RICHARD DAWKINS: A todos nos han acusado de estridentes, arrogantes, virulentos… ¿Qué os parece?

DANIEL DENNETT: A mí me hace gracia porque en mi libro[16] me esforcé por hablar de la gente religiosa sensata, así que testé el borrador con estudiantes profundamente religiosos. La verdad es que el primer borrador ya provocó un revuelo enorme. Lo fui retocando una y otra vez, pero acabó siendo todo en vano, porque me tildaron igualmente de grosero y agresivo. Al final me di cuenta de que es imposible ganar. Es inútil… Las religiones han hecho todo lo posible para que sea imposible discrepar críticamente sobre ellas…

DAWKINS: Sin ser grosero…

DENNETT: Sin ser grosero, exacto. A la más mínima ocasión se hacen los ofendidos, y tú te quedas con dos opciones: ¿qué hago, soy grosero o…?

DAWKINS: O no digo nada.

DENNETT: ¿Expongo mi crítica? Es decir, o la presento o me quedo bien callado.

SAM HARRIS: Bueno, eso es infringir un tabú. Todos nos percatamos de que la religión escapa a la crítica racional de una forma más o menos formal. Y esa es una regla que, como estamos viendo, respetan incluso nuestros compañeros laicistas y ateos: «Demos libertad total a la gente para creer en sus propias supersticiones. Aunque sea vil y pernicioso, no prestemos demasiada atención».

DENNETT: Evidentemente. Por eso titulé así mi libro. Hay un hechizo que hay que romper.

CHRISTOPHER HITCHENS: Pero si en general en el debate público se puede acusar a alguien de insolente, creo que nosotros también tenemos derecho a sentirnos ofendidos e insultados. Eso sí, sin caer en la autocompasión. Es decir, con alguien como Tariq Ramadan[17] no solo estoy en desacuerdo. Se le acepta en las más altas instancias de la

Universidad de Oxford como portavoz, y eso que lo único que sugiere en cuanto a la lapidación femenina es una moratoria. Para mí, decir que eso es irritante sería quedarme infinitamente corto. No solo es insultante; es una amenaza directa.

HARRIS: Pero no te ofendes. No creo que te lo tomes como algo personal. Lo que pasa es que te inquietan ciertas ideologías como la de Ramadan.

HITCHENS: Sí, pero él, o gente como él, dicen que si pongo en duda la historicidad del profeta Muhammad les estoy hiriendo en lo más profundo. Pues a mí me ofende, y creo que a todo el mundo debería ofenderle, al menos en lo más hondo de su integridad, la premisa religiosa de que sin una dictadura sobrenatural y celestial no sabríamos distinguir entre el bien y el mal.

HARRIS: ¿Pero en serio te ofende? ¿No te parece un error ofenderte?

HITCHENS: No, no, lo único que digo es que, si por norma general se va a permitir la acusación de insolencia y se va a dejar que los medios arbitren, creo que tenemos derecho a reclamar lo mismo sin caer en la autocompasión ni representarnos como una minoría oprimida. Admito que eso sería un peligro en el otro sentido. Claro que también estoy de acuerdo con Daniel en que es imposible eludir por completo la acusación contra nosotros, dado que lo que decimos atenta contra el mismísimo corazón de cualquier creyente sincero. Negamos la divinidad de Jesús, por ejemplo. A mucha gente esto le asombrará terriblemente, y hasta puede que le ofenda. Es algo demasiado negativo.

DAWKINS: A mí me fascina la diferencia que hay entre cuánto se ofende la gente por motivos religiosos y por cualquier otra cosa, como los gustos artísticos y musicales o la orientación política. Con esos temas igual no puedes ser tan grosero como te gustaría, pero puedes serlo mucho más que con la religión. Lo cierto es que me encantaría cuantificarlo, investigarlo a fondo. Se podría hacer un estudio hablando a la gente acerca de su equipo de fútbol favorito, su canción favorita, etc., e ir viendo hasta dónde se puede llegar hasta que se ofenden. ¿Qué es lo peor que se le puede decir a alguien aparte de… no sé, lo feo que es? [*Se ríen*].

HITCHENS: O lo feos que son su marido, su esposa o su novia. Es curioso que digas eso. A menudo discuto con un hombre terrible llamado Bill Donohue. Es de la Liga Católica[18], y desprecia y desdeña algunas tendencias de arte moderno que tienden a llamar la atención por blasfemas.

HARRIS: El *Piss Christ*.

HITCHENS: Sí, como el *Piss Christ* de Serrano[19] o los excrementos de elefante en una imagen de la Virgen[20]. En realidad, para mí es clave que compartamos con Sófocles y otras figuras previas al monoteísmo una repulsa hacia la profanación y la blasfemia. No queremos ver profanadas las iglesias…

DAWKINS: No, sin duda.

HITCHENS: Ver los símbolos religiosos destrozados y todo eso. En realidad todos nosotros admiramos los hitos estéticos de la religión.

HARRIS: En mi opinión, nuestras críticas son más mordaces, porque no solo ofendemos a las personas, sino que les decimos que no hacen bien en ofenderse.

TODOS: Sí.

HARRIS: Los físicos no se ofenden cuando alguien refuta o desmiente su hipótesis. Una mente racional no hace eso cuando intenta llegar a la verdad. Las religiones pretenden representar la realidad y, sin embargo, reaccionan con irritación e infantilismo cuando se rebaten estas nociones, lo cual es esencialmente peligroso.

DENNETT: Y claro, luego está el hecho de que es imposible decirle a alguien educadamente…

HARRIS: «¡Has echado por la borda toda tu vida!».

DENNETT: «¿Te das cuenta de que has echado por la borda toda tu vida, de que has destinado todos tus esfuerzos y bienes a glorificar algo que es solo un mito?». Aunque digas: «¿Te has planteado siquiera la posibilidad de que tal vez hayas malgastado tu vida en esto?», es imposible decirlo sin ser ofensivo. Pero lo tenemos que decir, porque es obvio que harían muy bien en considerarlo. Al igual que hacemos nosotros con nuestras vidas.

DAWKINS: Dan Barker[21] está recopilando una lista de sacerdotes que han perdido la fe pero que no se atreven a decirlo porque es su único sustento. Es lo único que saben hacer.

HARRIS: Sí, yo sé de un caso por lo menos.

DAWKINS: Ah, ¿sí?

HITCHENS: Cuando era joven me topé con algo similar departiendo con miembros del Partido Comunista. Más o menos se habían hecho a la idea de que la Unión Soviética se había acabado. Muchos de ellos habían sufrido lo indecible, habían sacrificado muchas cosas y pasaron

un calvario para mantener vivo lo que pensaban que era el gran sueño. Se había roto su pie de apoyo, pero no lo podían soltar porque eso implicaría hacer una concesión similar. Pero claro, si alguien me hubiera dicho: «¿Cómo podías decirles eso de la Unión Soviética? ¿No te dabas cuenta de que les harías llorar y herirías sus sentimientos?», habría contestado: «No seas ridículo. Eso es absurdo». Pero en muchos casos detecto un argumento exactamente igual.

DENNETT: Cuando alguien me acusa de ser grosero, fiero o terriblemente agresivo por algo, le pregunto si lo consideraría grosero si estuviera hablando de la industria farmacéutica o de los intereses petroleros. ¿Entonces me estaría extralimitando? No.

DAWKINS: Claro que no.

DENNETT: Pues quiero que se trate a la religión del mismo modo que tratamos a las farmacéuticas y a las petroleras. No tengo nada en contra de las empresas farmacéuticas. Solo estoy en contra de algunas cosas que hacen, y quiero que la religión esté a la misma altura que ellas.

HITCHENS: Por ejemplo, suprimir sus exenciones tributarias o, en el caso de Inglaterra, las subvenciones públicas.

DENNETT: Exacto.

DAWKINS: Tengo mucha curiosidad por saber cómo la religión adquirió esta prerrogativa en comparación con otros campos. De algún modo todos hemos contribuido a ello, seamos devotos o no. Y por algún proceso de la historia, la religión ha acabado inmunizada y con plena libertad para ofenderse.

DENNETT: Lo que más gracia me hace —ahora, porque al principio me sacaba de mis casillas— es que se las han ingeniado para reclutar a un tropel de gente que no es feligresa para ofenderse por ellos.

DAWKINS: ¡Y cuánto!

DENNETT: De hecho, las críticas más despiadadas a mi libro han venido de personas que no son religiosas, pero que tienen pavor a herir los sentimientos de la gente devota, y me regañan más que cualquier creyente de verdad.

DAWKINS: Justo lo que me pasó a mí.

HARRIS: Y creo que ya habéis señalado lo paternalista que es esa perspectiva. Es como la idea de las penitenciarías: otros las necesitan, debemos tener a los delincuentes encerrados a cal y canto.

Hay una respuesta a esa cuestión que podría poner de relieve una diferencia con respecto a vosotros tres. Yo todavía uso palabras como *espiritual* y *místico* sin fruncir el ceño, y eso atribula a muchos ateos. Creo que hay una gama de experiencias extravagantes que solo se comentan en el ámbito religioso sin dilemas evidentes. Y como solo la religión acepta el reto de afrontar estas experiencias, están infestadas de supersticiones, hecho que se usa para justificar varios esquemas metafísicos, lo cual no es razonable. Pero salta a la vista que la gente vive experiencias extraordinarias, tanto si es gracias al LSD como a vivir en una cueva durante un año o a tener un sistema nervioso especialmente voluble. Se pueden tener experiencias vitales trascendentes, pero la religión parece ser la única que escucha y dignifica esas vivencias. Este es uno de los motivos por los que criticarla es un tabú. Estamos hablando de los momentos más importantes de la vida de la gente, y parece que los estamos desmereciendo, por lo menos desde su punto de vista.

DAWKINS: Bueno, no tengo porqué estar de acuerdo contigo para señalar que es muy positivo que menciones eso, porque, como bien dices, demuestra que la religión no es nuestra única opción de ser espirituales. Del mismo modo, es positivo que haya ateos políticamente de derechas, porque de lo contrario se confunden los valores, y esto no nos ayuda. Es muy necesario que esta clase de diversidad se dé en otros campos. Creo que estoy más o menos de acuerdo contigo, y, aunque no lo estuviera, lo vería como algo provechoso.

HITCHENS: Si pudiéramos cambiar algo, una sola cosa, me gustaría que distinguiéramos entre lo numinoso y lo sobrenatural. En tu blog, Sam, tienes una cita maravillosa del pionero del genoma, Francis Collins[22]. Dice que un día, haciendo montañismo, el paisaje lo dejó boquiabierto, se dejó caer de rodillas y aceptó a Jesucristo[23]. Una incongruencia demencial.

HARRIS: Totalmente.

HITCHENS: Nadie ha sugerido nunca que Jesucristo creara ese paisaje.

HARRIS: Una cascada helada de tres corrientes le hizo pensar en la Trinidad.

HITCHENS: ¡Eso! Todos somos trinos de una forma u otra. Estamos programados para ello. Está muy claro. No podría haber sido un Dios de cuatro cabezas. [*Se ríen*]. Eso lo sabemos por experiencia.

En fin, la distinción entre lo numinoso y lo sobrenatural podría ser muy útil y creo que aclararía buena parte de la confusión de la gente;

que nuestras emociones, la plusvalía de la personalidad, no son especialmente útiles para la evolución. O no podemos demostrar que lo sean. Pero en cualquier caso, nos pertenecen. No pertenecen a lo sobrenatural, y ningún prelado debería reclutarlas ni apropiárselas.

DENNETT: Es una pena que, en cierto sentido, la gente no confíe en su propia valoración de las experiencias numinosas personales. A menos que provengan de Dios, a menos que constituyan una especie de prueba de la religión, no las consideran tan buenas como parecen. Pues no, la verdad es que son tan maravillosas como parecen, e igual de importantes. Es el mejor momento de tu vida, el momento en que de algún modo te olvidas de ti mismo y te vuelves mejor de lo que jamás habías imaginado que pudieras ser. Con toda la humildad del mundo, te deleitas en la magnificencia de la naturaleza. ¡Es lo que hay! Y es fantástico. Pero no te aporta nada añadir: «Por Dios, esto tiene que habérmelo dado alguien más magnífico todavía».

DAWKINS: Alguien lo ha expropiado, ¿no?

HITCHENS: Además, sinceramente lo veo como una deformidad o un defecto del ser humano. La religión sigue presumiendo de lo humilde, lo dócil y lo receptiva que es, casi hasta llegar a la abnegación. Sin embargo, la verdad es que en esos momentos envía mensajes inmensamente arrogantes, como: «De pronto me di cuenta de que el universo giraba a mi alrededor y me sentí sumamente modesto por ello». ¡Venga ya! Creo que podemos hacer mofa de eso para concienciar a la gente. De hecho, creo que es nuestra obligación.

DENNETT: Yo estoy hasta las narices del: «Si al menos el profesor Dennett fuera lo bastante humilde como para blablablá». Que si humildad por aquí, que si humildad por allá… [*Se ríen*]. Y eso te lo dice gente de una arrogancia de campeonato.

HITCHENS: Se te sacan de encima diciendo: «Conmigo no te metas, que soy un siervo de Dios». ¿Eso es modesto?

HARRIS: Creo que es algo a lo que deberíamos volver: la idea de la arrogancia científica. No hay ninguna disciplina que imponga la humildad con tanto rigor como la ciencia. En mi experiencia, los científicos son los primeros en decir que no saben algo. Si sacas a un científico de su área de especialización, se cubrirá las espaldas de inmediato. Empezará a decir: «Seguro que hay alguien en la sala que sabe más que yo sobre esto. Además, no disponemos de todos los datos». Este tipo de discurso demuestra lo francos que somos con respecto a nuestra ignorancia.

HITCHENS: Sí, bueno, muchos expertos tienen esa especie de falsa modestia… Pero sé a qué te refieres.

DAWKINS: Cualquier experto debería comportarse así. Lo que les pasa a los creyentes es que recitan cada semana el credo de Nicea, que estipula exactamente en qué creen. Hay tres dioses, no uno. La Virgen, Jesús, que murió y se fue a… ¿cómo era? Estuvo muerto tres días y luego resucitó… En fin, todo está descrito con todo detalle, y luego tienen la desfachatez de acusarnos de exceso de confianza y de no saber lo que significa dudar.

DENNETT: Creo que la mayoría nunca llega a plantearse la pregunta que los científicos nos hacemos constantemente: «¿Y si me estoy equivocando?». Es que ni siquiera forma parte de su repertorio.

HITCHENS: Mira, en eso no acabamos de coincidir. Yo creo que lo que hace muy difícil debatir con los devotos, no tanto rebatirlos, es precisamente que dicen encontrarse en un estado de crisis permanente de la fe. De hecho, hay una plegaria que dice: «Creo; ayuda a mi incredulidad». Graham Greene decía que lo mejor de ser católico era que planteaba un desafío a su incredulidad[24]. Mucha gente se rige por dos dogmas distintos.

DENNETT: Cierto.

DAWKINS: Exacto.

HITCHENS: Me parece que la mayoría de personas que conozco que se consideran creyentes, o personas de fe, se comportan así a todas horas. Yo no lo llamaría esquizofrenia, porque sería muy maleducado, pero son bastante conscientes de que lo que dicen es improbable. No lo tienen en cuenta cuando van al médico, cuando viajan, etcétera. Pero en cierta medida no podrían pasar sin creer. Sin embargo, tienen en buena consideración la idea de la duda. De hecho, intentan incorporarla siempre que pueden.

DAWKINS: Esto sí es interesante. O sea que cuando recitan el credo, aparentemente con una falta total de convicción, lo hacen a modo de mantra con el fin de obligarse a vencer la duda diciendo: «Sí, creo, creo, creo», porque la verdad es que no creen.

DENNETT: Por supuesto.

HITCHENS: Y claro, hacen como sus homólogos seculares. Se alegran de que otros crean en lo mismo. Es una afirmación que les gusta oír de otras personas.

DAWKINS: Sí, sí.

HARRIS: Ah, y no nos olvidemos de otra curiosa táctica a la desesperada: cuando sostienen que la fe sin pruebas es especialmente loable. Es la doctrina de la fe, la parábola de la incredulidad de Tomás. Empiezan por ahí y luego añaden una idea, que me han soltado en varios debates, según la cual el hecho de que la gente sea capaz de creer sin pruebas es en sí mismo una suerte de prueba. Francis Collins, a quien has mencionado, lo plantea en su libro[25]. Intuir a Dios constituye una forma sutil de evidencia. Es un fenómeno que va cobrando fuerza: en cuanto dices que no pasa nada por empezar a creer sin pruebas, el hecho de que puedas continuar es en parte una prueba, con lo que exigir alguna otra se convierte en una especie de corrupción del intelecto, o una tentación con la que hay que andarse con ojo. Una vez lo has puesto en marcha, se acaba convirtiendo en una máquina autónoma de autoengaño.

HITCHENS: Pero la idea de que no se pueda demostrar les agrada, porque, de lo contrario, la fe no les sería necesaria. Si todo el mundo hubiera presenciado la Resurrección y supiéramos que fuimos redimidos por ella, viviríamos en un sistema de fe inalterable y habría que legislarlo. A los que no creemos en ello nos alegra mucho que no sea verdad, porque pensamos que sería un horror. Los que sí creen no quieren que se demuestre por completo para resolver todas las dudas, puesto que entonces no habría que lidiar con la conciencia. No habría noches oscuras del alma.

HARRIS: Alguien hizo una crítica de uno de nuestros libros, no recuerdo cuál, en la que se apuntaba exactamente eso: qué esperanza más vulgar por parte de los ateos, esto de que tenga que haber pruebas definitivas. Si hubiera muchas pruebas que forzaran a todo el mundo a creer, habría mucha menos magia. De hecho era Francis Collins.

HITCHENS: El canónigo Fenton[26] de Oxford, un amigo mío, dijo que si la Iglesia validaba el Sudario de Turín, colgaría los hábitos. [*Se ríen*]. Que si hacían cosas como esa, no quería tener nada que ver. Cuando empecé la gira para promocionar mi libro no esperaba tener tanta suerte; Jerry Falwell[27] murió durante la primera semana de ruta. Fue alucinante. Y no esperaba que Teresa de Calcuta[28] resultara ser atea. [*Se ríen*]. Pero he leído sus cartas, y es curioso. Según lo que escribió de su puño y letra, le costaba creer en nada. Les dice a todos sus confesores, todos sus superiores, que no oye ninguna voz ni siente ninguna presencia, ni

siquiera durante la misa o los sacramentos. No es moco de pavo. Y le contestan diciéndole: «Eso es bueno, genial. Está sufriendo, esto la hace partícipe de la Crucifixión, la acerca al Calvario». No se puede rebatir un argumento como este. Cuanto menos creas, más fe demuestras tener.

HARRIS: Más estás demostrando su veracidad.

HITCHENS: Sí, y el suplicio, la noche oscura del alma, es una prueba en sí misma. Por tanto, simplemente debemos percatarnos de que en realidad son magisterios no superpuestos. Es imposible debatir con una mentalidad así.

DENNETT: Lo único que podemos hacer es lo que estamos haciendo ahora. Decirles: «¿Veis esta curiosa concatenación de trucos que se han ido creando? ¿Veis que son circulares, autónomos y que podrían tratar sobre cualquier cosa?». Así no discutes con ellos, simplemente les dices que estas no son formas válidas de razonar acerca de nada. Porque la verdad es que podrías usar las mismas estratagemas para sostener algo manifiestamente falso.

Lo que me fascina es que muchos trucos se parecen a los que usan los timadores, que emplean exactamente las mismas tácticas del argumento falaz, la incongruencia, incluso el abuso de confianza. Y tan pronto como empiezas a denotar que sospechas del timador, se enfada, se hace el ofendido contigo y te recuerda lo fantástico que es ensañarse con la fe. No son ardides nuevos; llevan evolucionando muchísimos años.

HITCHENS: A eso podríamos añadirle la creación de efectos especiales espurios. Una de las cosas que demuestra más allá de toda duda la falsedad de la religión es la fe en lo milagroso. Las mismas personas dirán: «Bueno, Einstein percibió una fuerza espiritual en el universo», cuando lo que dijo en realidad fue que no existen los milagros. No existen cambios en el orden natural, ese es el milagro. Citarlo es muy cínico.

HARRIS: Y todos los devotos vierten las mismas críticas que nosotros respecto al resto de religiones. Reniegan de los falsos milagros, de las falsas premisas y de las certezas de los demás. Detectan los abusos de confianza en la fe ajena, y los detectan con cierta facilidad. Todo cristiano sabe que es imposible que el Corán sea la voz perfecta del creador del universo, y que todo aquel que lo crea no se lo ha leído con mucho detenimiento. Cuando decimos eso no nos falta razón, y señalamos también que, sea lo que sea lo que uno experimente en la

iglesia o rezando, por más positivo que sea, no puede ser la divinidad de Jesús o la santidad única del Corán, puesto que budistas, hindúes, musulmanes y cristianos experimentan lo mismo.

DENNETT: Porque hay siete maneras distintas de llegar a ese estado.

HITCHENS: A propósito, acerca de este detalle… Espero que no me esté saliendo de la parva, pero conviene valorar una cosa. Cuando te preguntan, como me han preguntado esta misma mañana en ABC News: «¿No cree que la religión ha sido positiva para el mundo y que hay gente (creyente) buena?», cosa que te sueltan siempre —y no veo por qué no deberían—, les respondes: «Sí, claro. Según he oído, Hamás presta servicios sociales en Gaza». [*Se ríen*]. También parece que el clan de Louis Farrakhan ayuda a jóvenes negros encarcelados a desengancharse de las drogas[29]. No sé si es verdad —estoy dispuesto a reconocerlo—, pero no cambia el hecho de que la primera sea una organización terrorista militarizada con una fanática ideología antisemita y la segunda una secta racista llena de chiflados. No me cabe duda de que la cienciología también ayuda a dejar las drogas. Pero lo que yo siempre les digo es que, si sostienes algo respecto a una religión, debes aceptarlo para todas. Si no lo haces, estás siendo muy inconsecuente.

HARRIS: O podrías inventarte una ideología (obviamente falsa, pues la estarías creando de la nada en ese momento) que diera buenos frutos en caso de propagarse a millones de personas.

HITCHENS: Es verdad.

HARRIS: Podrías decir: «Os presento mi nueva religión. Que vuestros hijos estudien ciencias, matemáticas, economía y todas nuestras disciplinas terrenales lo mejor que puedan porque, si no se esfuerzan por hacerlo, al morir serán torturados por diecisiete demonios». [*Se ríen*]. Esto sería de gran utilidad, mucho más que el islam. Y, aun así, ¿qué probabilidad hay de que existan estos diecisiete demonios? Ninguna.

DAWKINS: También hay una cierta artimaña en el sentido de que se habla de una forma a los intelectuales y a los teólogos sofisticados y de otra forma a los fieles y, en particular, a los niños. A todos nos han acusado de ir a por las presas fáciles, los Jerry Falwells de este mundo, e ignorar a los sabios profesores de teología. No sé qué os parece a vosotros, pero tengo la sensación de que, entre sí y con el resto de intelectuales, los grandes eruditos de la teología hablan de una forma, pero con los feligreses adoptan un discurso muy diferente. Hablan de milagros, de…

DENNETT: Lo cierto es que no hablan mucho con los feligreses.

DAWKINS: Bueno, los arzobispos al menos sí.

DENNETT: Sí, pero cuando los distinguidos teólogos se acercan a los predicadores, estos hacen oídos sordos. [*Se ríe*].

DAWKINS: Sí, en eso no te falta razón.

DENNETT: Piensa que ser un teólogo de alto copete es como coleccionar sellos. Es algo muy especializado, y muy poca gente se dedica a ello.

DAWKINS: Y tiene una influencia paupérrima.

DENNETT: Ellos van a lo suyo. Pierden la cabeza por detalles profundamente arcanos, pero su propio credo apenas presta atención a lo que dicen. Claro que cuaja algo, pero siempre se mastica de nuevo para el consumo general. Según mi experiencia, en sus escritos dicen cosas sugestivas, arrebatadoras y muy sutiles que no tienen relevancia particular para la vida.

HITCHENS: ¡Uy, no! ¡Insisto! [*Se ríen*]. Debo romper una lanza en favor del profesor Alister McGrath[30]. Siempre nos habían dicho, y la mayoría de los cristianos así lo creen, que Tertuliano dijo las palabras «*Credo quia absurdum*», «Creo porque es absurdo». En su ataque a Richard dijo que no era verdad. Al parecer —ahora lo he comprobado, aunque no lo sé gracias a McGrath—, lo que Tertuliano dijo en realidad es que el hecho de que sea imposible es lo que lo convierte en creíble[31]. Creo que es una distinción de matices. [*Se ríen*]. Y muy útil para entrenar a nuestra mente en las sutilezas. En otras palabras, las posibilidades de que algo pudiera haber sido inventado merman a causa de su incredibilidad. A ver, ¿quién trataría de inventar algo tan difícil de creer?

En verdad, este debate me parece muy apropiado. Lo que les digo a estas personas es que están enviando a una dirección equivocada su correo electrónico, o su carta. Todo el mundo clama por que no juzguemos la religión basándonos en los fundamentalistas. Pues bien, cojamos la Iglesia de Inglaterra… Hace poco, dos de sus principales dirigentes aseguraron que las inundaciones en North Yorkshire eran achacables, entre otras cosas, a la homosexualidad. Supongo que no en North Yorkshire. Probablemente en Londres. [*Se ríen*].

DENNETT: Dios tiene el punto de mira algo torcido [*Se ríen*].

HITCHENS: Uno de los dos era el obispo de Liverpool[32], que parece llamado a ser el próximo arzobispo de Canterbury. Es extraordinario. Se supone que esta es una Iglesia moderada, reflexiva y sensata; un tanto desazonada. En cambio, se dedica a hacer proclamas disparatadas. Pues me gustaría saber qué les dirá Alister McGrath a estos obispos. ¿Les va

a decir: «¿No veis el ridículo que estáis haciendo y lo mal que estáis dejando a nuestra Iglesia?»? ¿Se lo ha dicho? Si lo ha hecho en privado no me doy por satisfecho. Tiene que hacerlo en público. ¿Por qué yo no puedo juzgar a la Iglesia a partir de las declaraciones de estos dos obispos? Creo que tengo todo el derecho del mundo.

DAWKINS: Los teólogos intelectuales, los obispos y los curas nos atacarán por interpretar al pie de la letra las escrituras, o por acusar a la gente de hacerlo. «¡Claro que no me creo palabra por palabra lo que dice el Libro del Génesis!», exclamarán. Pero luego predicarán las andaduras de Adán y Eva, como si hubieran existido; como si ellos tuvieran la potestad de hablar de cosas que saben que son ficticias y que cualquier persona mínimamente formada sabe que son ficticias. Y hablan de Adán y Eva a sus congregaciones, a su rebaño, como si hubieran existido de verdad. Y un montón de gente en esas congregaciones cree que fueron personas de carne y hueso.

DENNETT: ¿Os imagináis que, cuando saliera el tema, uno de estos predicadores dijera que es una especie de ficción teórica? Que no es verdad, sino una metáfora sutil… Yo no me lo imagino. [*Se ríe*].

DAWKINS: Es como si a toro pasado dieran a entender que pensaban que ya lo sabías.

DENNETT: Sí, pero nunca lo reconocen de antemano.

HARRIS: Y esa es otra, cuando renuncian a la interpretación literal nunca lo admiten. Todos nos critican en tropel por tomárnoslo con demasiada literalidad, como si fuéramos igual de fundamentalistas que ellos, pero esos moderados no admiten cómo han acabado siéndolo. ¿En qué consiste la moderación? En haber perdido la fe en todos estos supuestos, o en la mitad, debido a los mazazos de la ciencia y el secularismo.

DENNETT: Y la literalidad exagerada de los críticos.

HARRIS: Hay un sinfín de cuestiones en las que la religión ya no lleva la voz cantante, y los moderados sostienen que de alguna forma eso prueba que la fe ha triunfado, que arroja luz por sí sola. Pero en realidad la luz ha venido de fuera. Ha sido la ciencia la que se ha inmiscuido.

HITCHENS: Sobre nuestro presunto fundamentalismo, que también quería poner sobre la mesa, hay un clérigo en Southwark, la primera persona a la que vi atacándonos a ti, Richard, y a mí por escrito y afirmando que éramos tan extremistas como los que atentaron contra el metro de Londres… ¿Te acuerdas de cómo se llamaba?

DAWKINS: No, no me acuerdo.

HITCHENS: Es un prelado anglicano de la diócesis de Southwark[33]. Estuve con él en la BBC y le pregunté: «¿Cómo puedes llamar rebaño a tu congregación de fieles? ¿No crees que eso refleja por completo cómo es tu credo, que los consideras ovejas?». Me respondió que había sido pastor en Nueva Guinea, y que allí no había ovejas. En efecto, hay muchos sitios en los que no hay ovejas, así que el Evangelio es muy difícil de pregonar. [*Se ríen*]. Me contestó: «Nos dimos cuenta de cual era el animal más importante para los autóctonos… Recuerdo como si fuera ayer al obispo local alzándose para pedir al Hacedor: "Contempla a estos cerdos"». [*Se ríen*]. Su nueva congregación.

Pero es que el tipo actuaba así a conciencia. Demostró ser cínico hasta la saciedad, y muy camaleónico. Encima, luego te espeta que si lo pones en duda eres igual de fundamentalista que sus colegas que hicieron volar el metro de Londres. Es una completa sinrazón, y por eso no me importa demasiado que me acusen de ridiculizar o de tratar con desprecio a gente así. Sinceramente, no me queda otra. Yo tengo el don del humor, y a veces tengo propensión a burlarme de ellos. No me voy a reprimir en aras de la cortesía.

DENNETT: ¿Creéis que sería conveniente distinguir entre los profesionales y los aficionados? A todos nos concome la misma impaciencia con los prelados eclesiásticos; la gente que se gana la vida con eso. Para mí, esos están al tanto de la verdad. Los feligreses no, porque se argumenta que no deberían estar al tanto. Soy muy reacio a hacer mofa de la fe de las masas por la forma en que han delegado la autoridad en sus líderes, y dan por sentado que esos líderes harán lo correcto. ¿Quién debe responder y hacerse cargo de las cosas? Creo que son los predicadores, sacerdotes y obispos. A ellos sí deberíamos exigirles responsabilidades.

El creacionismo, por ejemplo… Si un miembro de una iglesia fundamentalista piensa que el creacionismo tiene sentido porque su pastor se lo ha dicho, lo entiendo y lo disculpo. Todos conformamos gran parte de nuestra verdad a partir de lo que nos dicen personas a quienes respetamos y consideramos autoridades, pero no lo ratificamos todo. ¿Pero de dónde sacó esta idea el pastor? Lo cierto es que tanto da. Es responsable porque su trabajo consiste en saber de qué habla, mientras que la congregación no tiene esa obligación.

DAWKINS: Debemos andarnos con ojo para no parecer condescendientes al decirlo porque, en cierta medida, reflejamos al desdén del mismo predicador.

HITCHENS: Sí. Yo puedo creer cosas que digáis tú y Richard sobre ciencias naturales humanas. Y no es que no quiera comprobarlas, sino que muchas veces no puedo. Pero lo hago sabiendo que sois nobles y que seguramente lo habréis corroborado. Pero si dices: «Me lo dijo el obispo, por lo tanto me lo creo», para mí te revelas como un idiota, y tengo derecho a decirlo. Del mismo modo que al hablar con un racista de manual se le puede decir que sus opiniones son repugnantes. Puede que sea un ignorante, pero le censuraré igual. Y debería hacerlo. Y sí, para mí es condescendiente no enfrentarse a la gente, sea uno por uno o en masa. La opinión pública tiende a equivocarse, la opinión del vulgo casi siempre se equivoca y la religiosa se equivoca por definición. No podemos evitarlo…

Quisiera introducir un escritor norteamericano muy célebre (creo que con razón): H. L. Mencken[34]. No es santo de mi devoción; es demasiado nietzscheano y «darwinista social», como se decía en su momento. ¿Pero por qué se ganó tanto respeto entre el gran público de este país durante los años veinte y treinta? Porque tachó de papanatas a aquellos que creen en lo que les dicen los metodistas, lo que les dice William Jennings Bryan[35]. No es que les engañen, es que son papanatas.

DENNETT: La culpa es suya por creérselo.

HITCHENS: Sí, demuestran ser indignos e ignorantes. No se corta un pelo, y lo hace con gran ingenio, razonándolo y aportando pruebas. Funciona muy bien. Seguramente la polémica antirreligiosa más eficaz del mundo moderno, o al menos del siglo XX.

HARRIS: Mi impresión es que hemos dado en la tecla de un tema que deberíamos resaltar: el concepto general de autoridad. Los creyentes alegan que la ciencia es solo una serie de cheques sin cobrar y que todos recurrimos a una autoridad: «¿Cómo sabes que la constante cosmológica es X?». Así que debemos diferenciar entre el voto de confianza que damos sin miedo a la autoridad científica y a la racionalidad en general, y el voto de confianza que damos al predicador o al teólogo, que es el que criticamos.

DAWKINS: En realidad, cuando los que no somos físicos nos fiamos de lo que dice un físico tenemos pruebas que sugieren que ha estudiado la cuestión, que ha hecho experimentos, que ha contrastado los escritos con otros homólogos, que se ha criticado mutuamente con estos y que se han

celebrado seminarios y conferencias en las que otros compañeros han podido hacer valoraciones a tutiplén.

DENNETT: Y no nos olvidemos de la estructura. No es solo que te revisen otros compañeros, sino que la competencia científica es muy importante. Por poner un ejemplo, cuando el último teorema de Fermat fue demostrado por…

DAWKINS: Andrew Wiles.

DENNETT: Por Andrew Wiles, el motivo por el que dijimos: «Qué más da, nunca voy a entender esa demostración», el motivo por el que podemos estar tranquilos al afirmarlo es que…

HARRIS: Nadie quería que fuera el primero en demostrarlo. [*Se ríen*].

DENNETT: El resto de grandes matemáticos del mundo se desvivían por demostrar ese teorema.

DAWKINS: Por descubrirlo.

DENNETT: Y tenlo por seguro, si reconocen de mala gana que es una demostración válida, es que lo es. Y la religión no funciona así, ¡ni de lejos!

HITCHENS: Ningún creyente ha podido decir jamás lo mismo que Einstein: que si tenía razón, el siguiente fenómeno ocurriría cerca de la costa occidental de África durante un eclipse solar. Y así fue, con un grado de variación minúsculo. Nunca ha habido una profecía que se haya corroborado con tanta fuerza ni nadie dispuesto a apostar su reputación y, ya puestos, su vida entera a que se iba a corroborar.

DAWKINS: Una vez me preguntaron esto en una charla: «¿No cree que el misterio que rodea la teoría cuántica es el mismo que envuelve la Trinidad o la transubstanciación?». Claramente se puede responder a eso con dos citas de Richard Feynman. La primera es: «Si crees que comprendes la teoría cuántica, es que no la comprendes». Estaba admitiendo que es sumamente enigmática. La otra cuestión es que las predicciones en teoría cuántica se verifican empíricamente y con gran precisión: para que nos hagamos una idea, es como si se predijera la anchura de América del Norte con un margen de error del grosor de un cabello. Es decir, la teoría cuántica tiene el respaldo de muchísimas predicciones exactas, incluso aunque no entiendas el misterio de la interpretación de Copenhague (sea cual sea). En cambio, el misterio de la Trinidad no intenta pronosticar nada, no digamos ya hacerlo con exactitud.

HITCHENS: Ni es ningún misterio.

DENNETT: No me gusta usar la palabra *misterio* en este contexto. Creo que la filosofía ha concienciado mucho sobre este término, de resultas del llamado nuevo misterianismo. Son personas a las que les gusta la palabra *misterio*. Según parece, Noam Chomsky[36] identifica dos tipos de cuestiones: los problemas y los misterios. Los primeros se pueden resolver, pero los segundos no[37]. En primer lugar, yo no me lo creo. Lo que sí te compro es la distinción, y considero que no hay ningún misterio en la ciencia. Lo que hay son problemas; problemas insondables. Hay cosas que no sabemos y que no sabremos jamás, pero no son incomprensibles por sistema para el ser humano. Creo que cobijar la idea de que estas cosas son ineludiblemente incomprensibles no tiene lugar en la ciencia.

HITCHENS: Por eso pienso que en nuestro discurso deberíamos recuperar términos tradicionales como *obscurantismo* y *ofuscación*, que en realidad es lo que son, y señalar que estas cosas pueden llevar a la gente inteligente a actuar de forma estúpida. John Cornwell[38], que acaba de escribir otra diatriba contra ti, Richard, y que es un viejo amigo mío, un tío brillante, escribió uno de los mejores estudios sobre la Iglesia católica y el fascismo que se han publicado nunca. En su crítica de tu libro, dice que el profesor Dawkins debería echar un vistazo a los miles de libros que tratan de la Trinidad y que intentan resolver este problema antes de estar seguro. Sin embargo, de toda la marabunta de libros religiosos sobre el asunto, ninguno lo resuelve. La cuestión es que sigue siendo irresoluble, y eso se aprovecha para dejar a la gente perpleja y en un estado de inferioridad.

DAWKINS: Quisiera volver a la idea del misterio en el campo de la física. Como nuestros cerebros evolucionaron en lo que yo llamo el Mundo Medio, donde nunca tenemos ocasión de observar los elementos demasiado pequeños ni las enormes dimensiones cosmológicas, es posible que nunca podamos intuir cómo funciona la mecánica cuántica, pero sí podemos probar sus predicciones. Es decir, podemos hacer los cálculos matemáticos y físicos igualmente y poner a prueba las predicciones, ya que cualquiera puede leer el dial de un instrumento.

DENNETT: Ciertamente. Para mí es indudable que a lo largo de los siglos los científicos han confeccionado una serie de herramientas —matemáticas, mentales, cognitivas, etc.— que hasta cierto punto nos permiten vencer las limitaciones de nuestro evolucionado cerebro. Nuestro cerebro paleolítico, si lo preferís… No siempre puedes vencer esas limitaciones

a la primera. A veces tienes que renunciar a algo. Como bien dices, nunca serás capaz de pensar sobre esto de forma intuitiva, pero debes tener presente que, aunque no puedas, existe un proceso laborioso con el que se pueden hacer progresos. Y puedes ceder una cierta autoridad al proceso, pero lo puedes poner a prueba. Te puede llevar de A hasta B del mismo modo que un mecanismo artificial puede llevar a un tetrapléjico de A hasta B. Eso no quiere decir que puedas ir andando de A a B, pero sí puedes llegar.

DAWKINS: Ni más ni menos. Y los físicos más aventurados dirán incluso: «¿Y a quién le importa la intuición? Es decir, los números están ahí».

DENNETT: Eso es. Ya les parece bien vivir con estas prótesis.

HARRIS: El ejemplo perfecto de eso son las dimensiones a partir de la tercera, porque no somos capaces de ver la cuarta o la quinta. Pero es trivial representarlas matemáticamente.

DENNETT: En la universidad ya enseñamos a los alumnos a manipular espacios n-dimensionales y a concebir vectores en ellos. Se están acostumbrando a no ser capaces de imaginarlos. Lo único que haces es figurarte tres y renunciar a visualizar el resto diciendo: «Bueno, el resto son iguales». Pero compruebas tu intuición haciendo los cálculos matemáticos, y funciona.

DAWKINS: Es como si fueras un psicólogo analizando la personalidad y existieran quince dimensiones, y las pudieras proyectar dentro de un espacio. Es decir, puedes imaginarte a ti mismo desplazándote entre ellas sin tener que visualizar un espacio de quince dimensiones.

DENNETT: Simplemente desistimos de esa necesidad. Nos damos cuenta de que podemos vivir sin ser capaces de hacerlo. «Sería genial si pudiera, pero bueno, tampoco soy capaz de ver las bacterias a simple vista. Sobreviviré».

HITCHENS: El otro día estuve en la radio y me rebatieron diciendo que creía en los átomos de manera infundada, puesto que no había visto nunca ninguno. Desde que George Galloway me dijo que nunca había visto un barril de petróleo…[39] [*Se ríen*]. Aquí ya ves que la gente está quemando el último cartucho. Cuando hablan así es que están desesperados.

No pretendo hacernos la vida más fácil, pero se vuelve el argumento un poco más simple: estamos dispuestos a asumir que hay muchas cosas que no sabemos. Pero creo que fue Haldane[40] quien dijo que el universo no solo es más extraño de lo que suponemos, sino de lo

que somos capaces de suponer. Sabemos que habrá nuevos descubrimientos fascinantes, y que aún veremos cosas fantásticas. No obstante, somos conscientes de que la incertidumbre es enorme. En esto radica la gran diferencia. El creyente no solo debe decir que existe un dios, entendido como idea deísta de que el universo es el fruto de una mente —cosa que no podemos refutar—, sino que conoce cómo es esa mente.

HARRIS: Tal cual.

HITCHENS: Además puede interpretarla, tiene una buena relación con ella y a veces recibe revelaciones e instrucciones. Toda argumentación sensata debe empezar excluyendo a la gente que afirma saber más de lo que puede saber. Nada más comenzar hay que decir: «A ver, eso hace aguas por todas partes. ¿Podemos seguir?». Es decir, el teísmo se hunde a la primera de cambio. Se queda en cueros, perdido.

HARRIS: Esta es una nota al pie que me gustaría añadir a lo que estaba diciendo Dan. Aunque el misterio sea un mal trago que tengamos que acabar tolerando, y aunque en ciertos aspectos estemos cognitivamente incapacitados para alcanzar la verdad, eso no ofrece ninguna garantía al teísmo.

DENNETT: Ni mucho menos, porque para ellos es algo hermético.

HARRIS: Eso es. Y aun así alegan que la revelación es infalible.

HITCHENS: Y tampoco podemos permitir que olviden lo que decían cuando eran lo bastante poderosos para salirse con la suya: «Esto es cierto de cabo a rabo, y si no te lo crees…».

HARRIS: Te ejecutamos. [*Se ríe*].

HITCHENS: Te ejecutamos. Incluso puede que nos deleitemos unos días en hacerlo, pero acabaremos el trabajo. No tendrían el poder que tienen ahora si no lo hubieran albergado en su momento.

DENNETT: Creo que lo que acabas de decir, Christopher, induce pavor y ansiedad en muchos devotos porque nadie les ha hecho ver jamás que su táctica no vale, que no pueden hacer eso, que se están saltando las reglas. Durante toda su vida les han enseñado que sí se puede, que es una forma legítima de dialogar. Y de repente llegamos y les decimos: «Oiga, así no se juega. De hecho, si haces ese movimiento serás descalificado».

HARRIS: Precisamente el movimiento por el que pierdes el respeto.

HITCHENS: Explícame un poco el movimiento, por favor. Dime cuál crees que es.

DENNETT: Cuando alguien juega la carta de la fe. Cuando dicen: «Mire, yo soy cristiano, y los cristianos tenemos que creer en esto. Y punto». Creo que en ese momento debes decirles: «Bueno vale. En ese caso tendrá que abandonar el debate, porque acaba de demostrar que es incapaz de mantener la mente abierta».

HITCHENS: De acuerdo, es lo que me suponía.

DENNETT: Si de veras eres incapaz de defender tu opinión, lo siento, pero no puedes exponerla. No te vamos a dejar que invoques la fe como justificación. Si quieres defender lo que dicen tus Sagradas Escrituras en términos que podamos entender, perfecto. Pero que lo diga un libro sagrado no significa gran cosa. Y si piensas que sí, está claro que, como poco, eres un arrogante. Es un golpe bajo, y no lo vamos a consentir.

HARRIS: Además, es una jugada que no aceptan cuando se hace en nombre de otra fe.

DENNETT: Justamente.

HITCHENS: En ese caso, ¿os puedo preguntar algo a los tres, que sois más doctos que yo en esta materia? ¿Qué os parece el libro de Victor Stenger[41] en el que dice que se debería poder probar científicamente que Dios no existe? ¿Tenéis alguna opinión al respecto?

DENNETT: ¿Qué dios? La verdad es que no he leído el libro.

HITCHENS: Cualquiera. Un hacedor o una deidad que vela por nosotros, y que sin duda interviene en nuestros asuntos. Creo que eso lo describe bastante bien. Mi opinión ha sido siempre que, puestos a tener que vivir con incertidumbre, solo los que estén seguros deberían abandonar la sala para que el debate pueda ser maduro. Al parecer, Victor Stenger considera que hemos llegado a la fase en que podemos decir con razonable certeza que se ha demostrado la inexistencia de Dios, o al menos que no se ha corroborado. He pensado que sería una proposición interesante, porque para mí es clave que nuestras opiniones sean congruentes con la incertidumbre.

HARRIS: A mi juicio, el eslabón más débil es la premisa fundamental sobre los escritos; la idea de que la Biblia tiene que ser la palabra inmaculada de una deidad omnisciente. Es un principio especialmente frágil. Y eso que es su norma epistemológica por excelencia. Todo se basa en ella. Si la Biblia no es un libro mágico, el cristianismo se desmorona. Y si el Corán tampoco lo es, el islam se derrumba. Y cuando lees los libros y te

preguntas: «¿Hay la más mínima prueba de que esto sea producto de un ser omnisciente? ¿Alguna frase podría haber sido pronunciada por alguien que no consideraría una carretilla un avance tecnológico?», la respuesta es que no. Si la Biblia revelara las claves del ADN, la electricidad y cosas así nos asombraríamos y lo aceptaríamos. Nos quedaríamos con la boca abierta y tendríamos que hablar seriamente acerca de la fuente de ese conocimiento.

HITCHENS: Por cierto, Dinesh D'Souza[42], uno de nuestros antagonistas más duchos e ilustrados, con quien voy a debatir dentro de poco, declara esto en su nuevo libro[43]: según él, el Génesis —objeto de mofa entre la gente— dice «Hágase la luz», y apenas unos versículos más tarde aparecen el Sol, la Luna y las estrellas. ¿Cómo pudo ser? Bueno, eso es lo mismo que dice el *Big Bang*, ¿no?

DAWKINS: Tampoco está descubriendo el Mediterráneo.

HITCHENS: La explosión precede a las galaxias, de verdad. [*Se ríen*].

HARRIS: En una nota final muy extensa de *El fin de la fe* trato de demostrar que, teniendo fe, puedes hallar una clarividencia prodigiosa en cualquier texto. De hecho, fui a una librería, a la sección de libros de cocina. Abrí uno al azar y encontré una receta… creo que era *wok* de gambas con sabor a alga roja o algo así, e ideé una interpretación mística de la receta. Puede hacerlo cualquiera. Puedes jugar a atar cabos con cualquier texto que se te ocurra y encontrar sapiencia.

HITCHENS: Michael Shermer[44] hizo eso con el código de la Biblia, los mensajes ocultos de la Biblia. Es muy, muy bueno. Con este sistema se pueden componer exactamente los titulares de ayer, de cualquier día.

HARRIS: Os quiero hacer una pregunta a los tres. ¿Hay algún argumento a favor de la fe? ¿Algún cuestionamiento a vuestro ateísmo os ha hecho vacilar, retroceder o sentir que no teníais una respuesta a punto?

DENNETT: [*Se ríe*]. A mí no se me ocurre nada.

DAWKINS: Para mí, lo que más se le acerca es la idea de que las constantes fundamentales del universo son demasiado buenas para ser ciertas. Creo que eso requiere algún tipo de explicación, en caso de ser verdad. Victor Stenger no cree que lo sea, pero muchos físicos sí. A ver, está claro que no me induce a creer en una inteligencia creadora, porque seguiríamos teniendo que explicar de dónde vino esta. Y una inteligencia creadora lo bastante creativa y lúcida para perfilar las constantes del universo y producirnos a nosotros tendría que ser en sí misma mucho más perfecta…

HITCHENS: ¿Para qué crear el resto de planetas de nuestro sistema solar sin vida? [*Se ríe*].

DAWKINS: Ese es otro cantar.

HITCHENS: Yo tenía un amigo que era un as en esto, el obispo Montefiore[45]. Según él, nos teníamos que maravillar de las condiciones para la vida y del filo en el que se encuentran. Veía nuestro planeta posado sobre el filo de un cuchillo: muchas zonas están demasiado calientes o demasiado frías.

HARRIS: Sí, y plagado de parásitos.

HITCHENS: O demasiado caliente o demasiado frío… Y eso solo un sistema solar, el único en el que sabemos que existe la vida. Tampoco es que sea un diseñador de primera. Y claro, no puedes escapar de la regresión infinita. Pero no, no me he topado con ningún argumento convincente de ese tipo. Pero tampoco lo esperaba porque, como me di cuenta una noche, nunca se les ocurre nada nuevo. ¿Por qué se les iba a ocurrir? Sus argumentos son viejos por definición, y todos se incubaron en una época en que, del orden natural, sabíamos de la misa la mitad.

El único argumento de la fe y del teísmo que me parece un poco atractivo es el que quizá podríamos denominar apotropaico. Cuando la gente dice: «Todo el mérito es de Dios. A él hay que darle las gracias», en verdad está haciendo alarde de una cierta modestia. Es supersticiosa, por eso digo que es apotropaica, pero sí elude la vanidad. Y también, por ese motivo, es obviamente anterior al monoteísmo. A mi entender, la religión ayuda, o puede ayudar, a la gente a ser humilde moral e intelectualmente.

DAWKINS: Pero ese no es un argumento verdadero.

HITCHENS: No, no. De esos no hay, ni los puede haber.

HARRIS: Bien, quizá debería ampliar esta cuestión.

DENNETT: No, no, espera un segundo. A mí se me ocurren unos cuantos hallazgos que harían que mi fe se tambaleara.

HITCHENS: Conejos en el Precámbrico[46].

DAWKINS: No, no, no.

HARRIS: No busco tanto un argumento que defienda la plausibilidad de la fe religiosa, sino uno que sugiera que lo que estamos haciendo —criticar la fe— es algo malo.

DAWKINS: Ah, eso es mucho más fácil. Alguien podría formular un argumento según el cual el mundo es un lugar mejor si todos creen en una falsedad.

DENNETT: Ah, vale. Claro.

HARRIS: ¿En algún momento de vuestra obra o dialogando con vuestros críticos habéis tenido la sensación de que un argumento de estos os desarmaba?

DENNETT: Ah, sí, sí. En *Romper el hechizo* no tanto, pero cuando trabajaba en mi libro sobre el libre albedrío, *La evolución de la libertad*, me topé con muchos críticos que expresaban ideas básicamente religiosas; a saber, que el libre albedrío es una idea tan importante que, si la abandonáramos, la gente perdería el sentido de la responsabilidad y reinaría el caos. No te conviene analizar con mucha atención esta cuestión; limítate a apartar la mirada. No te centres demasiado en el libre albedrío y el determinismo. Y pensé sobre ello explícitamente en términos de impacto ambiental. ¿Mi curiosidad insaciable podía llevarme a afirmar algo, verdadero o falso, que pudiera tener efectos tan devastadores para el mundo como para tener que callarme y cambiar de tema? Considero que es una buena pregunta, todos nos la deberíamos plantear. ¡Sin duda! Dediqué mucho tiempo a meditar a fondo sobre ello, y no habría publicado ninguno de los dos libros si no hubiera llegado a la conclusión de que, además de ambientalmente seguro, era imperioso proceder de este modo. Creo que debemos hacernos esa pregunta. De veras.

DAWKINS: Antes de publicar un libro, pero no antes de llegar a tu propia conclusión: «¿Para mí esto es verdad o no?». Nunca hay que hacer lo que hacen algunos críticos con motivaciones políticas, que dicen: «Esto es tan reprobable a nivel político que no puede ser cierto».

DENNETT: Claro que no.

DAWKINS: Eso es algo…

DENNETT: Es algo completamente distinto. ¡Qué va!

HITCHENS: Sería como descubrir que la curva de campana planteada por Herrnstein y Murray acerca de la inteligencia de blancos y negros es una interpretación correcta del CI. Entonces sí podrías plantearte qué hacer. Por suerte, estas preguntas no se plantean en esos términos.

HARRIS: Te voy a hablar de una ocasión en que a mí sí se me planteó en esos términos. Creo que era en un editorial en *L. A. Times*, aunque podría estar equivocado. Alguien alegó que el motivo por el que la población musulmana en Estados Unidos no está tan radicalizada como en Europa Occidental es que como sociedad veneramos tanto la fe que no somos

tan estrechos de miras ni rencorosos como allí. No sé si es verdad, pero si lo fuera, eso sí me haría reflexionar.

HITCHENS: Eso sería interesante. James Wolfensohn[47], expresidente del Banco Mundial y recientemente negociador en Gaza, dice que está convencido de que tuvo una influencia considerable y positiva con los Hermanos Musulmanes y Hamás porque era un judío ortodoxo. De ser así, lo consideraría algo de mal gusto, y ya no debería haber sido nombrado desde un principio. Porque hay algo sobre ese conflicto que sabemos a ciencia cierta: los monoteísmos lo han empeorado a más no poder. Si solo fuera una disputa territorial entre naciones, ya estaría resuelta. Pero su autocomplacencia al decirlo, aunque fuera cierto, me haría aborrecerlo aún más.

SEGUNDA PARTE

HARRIS: Aquí se solapan dos cuestiones. La primera es qué queremos lograr. ¿Qué consideramos que es posible conseguir? Y en segundo lugar está esa especie de artículo de fe, que por desgracia abunda incluso entre la gente que comparte nuestra opinión, de que no puedes convencer a alguien para que deje de creer.

Así que, ¿es una tarea completamente fatua? ¿O podemos ganar la batalla ideológica a esa gente? Según mi correo electrónico sí se puede. Día a día recibo correos de gente que ha perdido la fe y que, de hecho, fue convencida para dejar de creer. Y la gota que colmó el vaso fue uno de nuestros libros o algún otro proceso de razonamiento, o la incompatibilidad entre lo que sabían que era cierto y lo que promulgaba su credo. Creo que tenemos que destacar que se puede mostrar a la gente las contradicciones inherentes a su fe, o la contradicción entre su fe y lo que hemos descubierto acerca del universo. El proceso puede durar minutos, meses o años, pero deben renunciar a la superstición a la vista de lo que ahora saben que es verdad.

DAWKINS: Una vez estaba hablando con un biólogo muy entendido, un brillante apologeta de la evolución y, aun así, creyente[48]. Le pregunté: «¿Cómo lo haces? ¿A qué viene todo eso?». Y él me respondió: «Acepto todas tus premisas racionales, pero la fe es eso». Y entonces me dijo algo que se me quedó grabado: «¡Por algo se llama fe!». Lo dijo muy convencido, casi con agresividad: «Por algo se llama fe». Para él, esa era la madre del cordero. No se puede contradecir porque es fe. Y en lugar de decirlo con un tono de disculpa, lo hacía con orgullo, desafiante.

HITCHENS: Esto en Estados Unidos te lo dicen de continuo; gente que te dice que tienes que leer a William James[49] para poder juzgar las experiencias subjetivas ajenas, algo imposible por naturaleza. «Si para ellos es real, ¿por qué no lo respetas?». Este argumento no se sostendría

en ningún otro campo. Para las personas, su impresión es lo más trascendente.

Una vez dialogué con un presbiteriano muy mayor del condado de Orange. Estábamos hablando del literalismo bíblico, del cual no era partidario, y le dije: «Por cierto, sobre la apertura de tumbas durante la época de la Crucifixión según Mateo… Eso de que en Jerusalén todo el mundo salió de su tumba y se paseó por la ciudad saludando a viejos amigos…». Le iba a preguntar si no creía que eso degradaba un poco la idea de la resurrección de Jesús, pero me interpretó mal. Pensó que lo que quería saber era si él creía en eso. Me dijo que como historiador, que también lo era, era propenso a ponerlo en duda, pero que como ministro presbiteriano pensaba que era verdad. Pues muy bien. A mí me bastó con que dijera eso. Le dije: «En ese caso, me doy por satisfecho. No quiero que diga nada más. Ya ha dicho todo lo que yo podía decir».

HARRIS: Este es otro tema que me gustaría plantear. Es el caso de gente como Francis Collins o el biólogo que acabas de mencionar; gente que naturalmente conoce bastante los hechos y tiene suficiente formación científica para demostrar más sagacidad, pero que aun así no la demuestra, al menos de cara afuera.

Creo que aquí hay un problema cultural. Lo vi una vez en una conferencia. Un profesor de física se me acercó al final de la charla y me dijo que había traído a uno de sus estudiantes de la universidad, que era un cristiano fervoroso. Mis palabras le habían afectado bastante, y por lo que supe, era la primera vez que impugnaban su fe de forma explícita. Por tanto, parece que puedes estudiar y convertirte en científico sin cuestionar tu fe, porque hacerlo es un tabú.

Actualmente hay ingenieros musulmanes que saben fabricar bombas nucleares y que consideran plausible entrar en el paraíso con setenta y dos vírgenes. Y hay personas, como Francis Collins, que consideran que el domingo puedes arrodillarte sobre la hierba húmeda y entregarte a Jesús porque tienes ante ti una cascada helada, y el lunes puedes ser un genetista.

HITCHENS: Dice nuestro amigo Pervez Hoodbhoy[50], el gran físico paquistaní, que hay gente que ve posible explotar el poder de los *yinns*, los demonios, como reactor.

HARRIS: Financiar un proyecto como este es casi una tentación.

DENNETT: Creo que cuestionar la fe de la gente puede ser más fácil de lo que nos imaginamos. Hace mucho tiempo que se ha ido posponiendo.

Apenas somos los pioneros de una nueva oleada de intentos explícitos para socavar la fe de la gente, y está surtiendo efecto. Y tengo la sensación de que los impedimentos no son que no conozcamos los hechos o los argumentos, sino las razones estratégicas para no profesar esa opinión, para no admitirla, no asumirla ni reconocerla en público porque nuestra familia la verá como una traición. Simplemente estamos avergonzados de admitir que hemos vivido engañados durante tanto tiempo.

Hacen falta muchas agallas para manifestar abiertamente que has abandonado todo eso. Y si podemos encontrar maneras de ayudar a la gente a encontrar ese coraje y citar ejemplos de personas que lo han conseguido y a las que les va la mar de bien… Puede que hayan perdido el amor de un padre o algo parecido, o que hayan herido a algún familiar, pero sigo pensando que es una buena idea estimularles. Creo que sería un error tirar la toalla. Creo que se puede.

DAWKINS: Sí, y es un poco paternalista suponer que no se puede.

Por otra parte, creo que todos conocemos a gente que, como dice Sam, es capaz de hazañas como la de fragmentar el cerebro, por así decirlo; es decir, gente que el domingo piensa una cosa y el resto de la semana piensa algo totalmente contradictorio o incompatible. Supongo que no habrá ningún defecto neurológico en eso; no hay ningún motivo por el que no pueda tenerse el cerebro dividido de esa forma.

DENNETT: Pero sí denota una cierta inestabilidad. Estoy seguro de que tienes razón, de que hay gente que lo hace (y muy bien). Y lo hace desviando la atención, por lo que deberíamos comenzar centrándola…

DAWKINS: ¿Pero cómo puedes vivir con una contradicción en…?

DENNETT: Olvidándote de lo que estás haciendo y no prestándole atención. Me encantaría inventar un lema o un término inolvidable en el que pensaran espontáneamente cuando se percataran de lo que están haciendo. Entonces pensarían: «Vaya, este es uno de los trueques cósmicos de los que hablan Dennett, Dawkins, Harris y Hitchens. Y creen que por algún motivo es ilícito». Así les concienciaríamos más de lo raro que es lo que hacen.

HITCHENS: Por desgracia, es probable que esa disonancia cognitiva sea necesaria para sobrevivir a diario, para todo el mundo.

DENNETT: ¿Te refieres a que todo el mundo tolera la disonancia cognitiva?

HITCHENS: No, más bien a que todo el mundo la practica. Fíjate en los miembros de MoveOn.org[51]. Para ellos, Estados Unidos es un régimen

despiadado, militarista e imperialista. Oprime a los pobres e invade otros países. Sin embargo, pagan impuestos; es muy, muy raro que no lo hagan. Sus hijos estudian en escuelas privadas, hacen sus cosas, etc. Es decir, todo lo que hacen no concuerda ni en un diez por ciento con lo que profesan. En parte porque sería imposible. Lo mismo pasaba en los años cincuenta con los miembros de la John Birch Society, que pensaban que el presidente Eisenhower era comunista. Claro, te levantas por la mañana creyendo que la Casa Blanca está dirigida por el Kremlin, pero tendrás que ir a hacer la compra y a hacer recados de todos modos.

HARRIS: Demasiadas obligaciones.

DAWKINS: Tienes que hacer todas esas cosas igualmente.

HITCHENS: Pero no hay duda de que nadie podría cuestionar tus creencias. Sería muy importante para ti, aunque no habría forma de hacer valer o practicar tu opinión en la vida. Y estoy seguro de que lo mismo sirve para la gente que dice: «No debería tener predilección por un hijo con respecto a otro, o por un padre con respecto al otro. Pero la tengo. Da igual, voy a actuar como si no la tuviera». El senador Craig**[52]** afirma que no es gay y en su fuero interno estará absolutamente convencido de que no lo es, pero no puede encauzar su vida diciendo que lo es o que no lo es.

En fin, esta era una de las preguntas que quería hacer. Deberíamos preguntarnos a nosotros mismos cuál es el objetivo real. ¿En serio queremos ver un mundo sin fe? Creo que yo debería decir que no. Ni lo espero ni lo deseo.

HARRIS: ¿A qué te refieres con fe?

HITCHENS: Tengo la impresión de que, por muchas veces que se la mine, se la desbanque o se la desacredite, la fe se multiplica con una velocidad pasmosa. Me imagino que es por motivos freudianos, sobre todo por el miedo a la extinción o a la aniquilación.

HARRIS: ¿Te refieres a la fe en paradigmas sobrenaturales?

HITCHENS: Sí. El espíritu fantasioso. Y la otra cuestión es: ¿Me gustaría que este debate acabara? ¿Me gustaría que todos me dieran como vencedor: «Se acabó, gracias a Hitchens ya no queda nadie en el mundo que crea en Dios»?

Aparte de que soy incapaz de imaginármelo, [*se ríen*] no las tengo todas conmigo de que esto sea lo que quiero. Creo que el teísmo habría de considerarse la base de todas las polémicas sobre epistemología,

filosofía, biología, etc. Es aquello contra lo que deberíamos discutir siempre. La otra explicación.

DAWKINS: Esto me parece extraordinario. No entiendo lo que dices. Es decir, entiendo tu mensaje de que no funcionará nunca, pero no comprendo por qué no querrías que funcionara.

HITCHENS: Porque se me antoja un poco como la disputa entre Huxley[53] y Wilberforce[54], o la de Darrow[55] y William Jenning Bryan. Quiero que continúe.

DAWKINS: Porque es interesante.

HITCHENS: Quiero que nuestro bando se vuelva más distinguido y que el suyo se vea cada vez más expuesto. Pero dos no riñen si uno no quiere, o, en este caso, no puede.

HARRIS: ¿No quieres seguir enfrentándote a los yihadistas?

HITCHENS: Pero es que no tengo ninguna diferencia de opinión con los yihadistas.

HARRIS: Bueno, por lo que hace a la legitimidad de su proyecto sí.

HITCHENS: No, en realidad no. No hay nada que discutir. O sea, es simple: quiero que sean extirpados. Es una reacción ínsitamente propia de los primates: reconocer la necesidad de destruir a un enemigo para asegurar la propia supervivencia. No me interesa lo más mínimo lo que piensen. Todavía no hemos llegado a tu pregunta sobre el islam, pero me importa un comino lo que piensen los yihadistas. Lo único que me importa es perfeccionar métodos para hacerlos desaparecer, algo para lo que, dicho sea de paso, no tengo muchos apoyos en los sectores laicos.

HARRIS: Sí, eso es curioso.

HITCHENS: La mayoría de ateos rehúyen esta batalla. La más importante es la que quieren evitar. Prefieren mil veces despellejar a Billy Graham[56] porque saben que eso no entraña ningún peligro.

DENNETT: A ver, porque la idea de exterminar a esta gente nos parece aborrecible. Además…

HITCHENS: No, he dicho «extirparla».

DENNETT: Bueno, extirparla.

HITCHENS: La destrucción completa de las fuerzas yihadistas. Para mí, la exterminación se aplica más a una especie.

DAWKINS: Volviendo a lo que has dicho, Christopher, parece como si te gustara debatir. Te gusta este debate intelectual, o el espectáculo mediático del debate, y eso se perdería.

HITCHENS: Bueno, preferiría hablar de «dialéctica». Dicho de otro modo, se aprende al debatir con otra gente. Y todos los que nos hemos reunido en esta mesa debemos de haber perfeccionado nuestras capacidades de raciocinio en este contexto.

DAWKINS: Pero hay un sinfín de cosas diferentes sobre las que razonar. Ganada la guerra contra la religión, podemos regresar a la ciencia o a lo que sea a lo que nos dediquemos, y podemos debatir y razonar sobre eso. Y hay muchos debates que merece mucho la pena tener.

HITCHENS: Siempre habrá quienes atribuyan su existencia a las leyes de la biología y otros que la atribuyan a un plan divino con un designio para ellos.

DAWKINS: Bueno, eso…

HITCHENS: Para mí, las opiniones de los individuos dicen mucho de cómo son. Y como sabemos todos, solo una de esas opiniones tiene sentido. ¿Pero cómo lo sabemos? Tenemos que confrontarla con la contraria, que no va a desaparecer.

HARRIS: Permíteme hacer una analogía. Podrías haber dicho lo mismo sobre la brujería en algún punto de la historia reciente.

HITCHENS: Sí.

HARRIS: Podrías decir que todas las culturas han creído en las brujas, en los hechizos; que la brujería es ubicua y que nunca nos libraremos de ella. Y que estamos locos por intentarlo. O que podemos intentarlo como ejercicio dialéctico, pero la brujería continuará existiendo para siempre. Y aun así se ha extinguido casi por completo. A excepción quizá de ciertas comunidades en las que…

HITCHENS: Para nada. La brujería es totalmente imposible de erradicar y se propaga como una plaga, a menudo entre animistas y cristianos.

DENNETT: En Occidente no.

HARRIS: Me refiero a la brujería pura. La del mal de ojo, la que en vez de la medicina…

HITCHENS: ¿Crees que nos hemos librado de eso?

HARRIS: En general sí, creo que sí.

DAWKINS: Sea como sea, ¿no quieres que eso se desvanezca?

HITCHENS: Actualmente hay una campaña para registrar a wiccanos[57] para darles sepultura en el cementerio de Arlington.

HARRIS: Estoy hablando de querer dar muerte a tus vecinos porque crees que pueden haber arruinado con malas artes tus cosechas, o haberle echado

mal de ojo a tu hijo. Esto deriva del desconocimiento de la medicina.

HITCHENS: Sí.

HARRIS: No sabes por qué la gente enferma y sospechas de las malas intenciones de tu vecino, la brujería llena el vacío.

HITCHENS: En el caso de la brujería, podría decir que me dolería perderla, porque perderíamos una facción interesante con la que debatir.

HARRIS: Pero no nos enfrentamos a tesis de brujas que cometen intrusismo médico. ¡Y no saques el tema de la medicina alternativa y la acupuntura! Me refiero a la brujería real, medieval.

HITCHENS: Pues es exactamente lo que iba a hacer. *The Washington Post* publica horóscopos todos los días.

HARRIS: La astrología es distinta.

DENNETT: Sí, pero la astrología es…

HITCHENS: Convenzámosles. No erradicaremos la astrología.

DENNETT: Vale, pero no hace falta erradicarla.

DAWKINS: Pero estás confundiendo el hecho de que sea o no erradicada con lo que tú quieres. Y parece como si no quisieras que desapareciera porque quieres tener algo contra lo cual discutir. Algo con lo que puedas aguzar tu astucia.

HITCHENS: Sí, creo que eso es lo que quiero.

DENNETT: Pero en vez de pensar en erradicarlo, ¿por qué no actuamos como lo haría un epidemiólogo evolutivo? Queremos potenciar la evolución de la virulencia, librarnos de lo perjudicial. La astrología no me concierne porque no me parece lo bastante perjudicial. Bueno, la verdad es que me dio un poco de miedo saber que Reagan la usaba para tomar decisiones. Pero aparte de ese caso, espero que excepcional, considero que la superstición de la astrología es relativamente inocua. Si pudiéramos relegar el resto de devociones al estatus de la astrología, me daría por satisfecho.

HITCHENS: En fin, no os gusta mi respuesta. Pero creo que la pregunta debería ser —esto nos lo preguntarán… de hecho, me lo han preguntado hoy en televisión—: «¿Le gustaría que esta mañana nadie hubiera ido a misa en Estados Unidos?».

DENNETT: ¿Y qué has respondido?

HITCHENS: Bueno, he dado mi respuesta, y Richard no ha estado de acuerdo. Pero lo que he dicho esta mañana es que a la gente le iría mucho mejor sin falsos consuelos, y que no quiero que me intenten imponer sus

creencias. Si se rindieran, se estarían haciendo un favor a sí mismos y a mí. Así que, no sé, igual en este sentido me contradigo. Es decir, me gustaría que pararan, pero entonces no me quedaría nadie con quien debatir. Y por supuesto, no he dicho que si me escucharan se darían a buenas. Así que hay dos cuestiones.

Pero me encantaría que me respondierais a esto: ¿Aspiráis a lograr un mundo en el que nadie tenga ningún tipo de fe?

DAWKINS: Yo quiero contestar a eso. Tanto si hablamos de la astrología como de la religión o de cualquier otra cosa, quiero vivir en un mundo en el que la gente sea escéptica, piense por sí misma y tenga en cuenta la evidencia. Y no porque la astrología sea dañina, que supongo que no lo será, sino porque ir por el mundo pensando que no pasa nada por creer en algo sin pruebas te priva de muchas cosas. Vivir en un mundo y entender por qué estás viviendo en él es una experiencia maravillosa, al igual que comprender cómo funciona, aprender sobre las estrellas, la astronomía, etc. Es triste contentarse con la astrología.

Y lo mismo puede decirse de la religión. El universo es un lugar grande, bonito y maravilloso, y creer en genios, creadores o entidades sobrenaturales es trivial, naíf y risible. Creo que se puede hacer de la lucha contra la fe una cruzada en pro de la estética.

HITCHENS: No podría estar más de acuerdo.

DENNETT: Hablemos de las prioridades. Si pudiéramos suprimir algunos de los excesos más perniciosos y nocivos, ¿qué pilares atacaríamos primero? ¿Con qué logro nos contentaríamos de verdad? Cojamos el islam. Analicémoslo con tanto realismo como podamos. ¿Existe la más mínima posibilidad, por remota que sea, de que haya un islam reformado y sensato?

DAWKINS: Lo cierto es que la crueldad actual del islam es algo bastante reciente, ¿no?

DENNETT: Pienso que debemos andar un buen trecho hacia atrás para…

HARRIS: Solo hasta cierto punto. Y reitero que, estemos preparados o no para articular este tipo de crítica, no somos la voz indicada. El que cante las cuarenta al islam y llegue a la gente, sobre todo a los liberales laicos que no confían en nuestro criterio, tiene que ser alguien como Ayaan Hirsi Ali[58], o algún estudioso musulmán como Ibn Warraq[59]. Pero me parece que la historia del islam se divide en distintas etapas. Una de ellas es el califato, o el país musulmán en el que el islam campa a sus anchas sin influjo externo, con la capacidad para ser todo lo totalitario y

ufano que quiere sin que se vean los riesgos inherentes de su credo. El politólogo Samuel Huntington[60] dijo que «el islam tiene fronteras sangrientas». Es en estas fronteras donde percibimos el problema; en las fronteras entre el islam y la modernidad. Existe un conflicto entre ambos. Pero sí, hay momentos en la historia del islam en los que la gente no iba haciendo la yihad; básicamente porque ya la habían ganado.

DENNETT: ¿Pero qué pasa con las mujeres en esa sociedad?

DAWKINS: Exacto. El sufrimiento de las mujeres dentro de esas fronteras.

DENNETT: Incluso en el mejor de los tiempos.

HARRIS: Evidentemente.

HITCHENS: Pero no cabe duda de que hay un cierto sincretismo. Ahora sabemos mucho. Se han publicado libros sensacionales que describen periodos en los que la civilización islámica vivió más o menos en paz con sus coetáneos, dedicándose a muchas cosas que no tenían nada que ver con el yihadismo. Uno de ellos es el de María Rosa Menocal sobre Andalucía[61]. Durante las guerras que siguieron a la disolución de Yugoslavia vi con mis propios ojos cómo los bosniacos se comportaban con mucha más decencia que los cristianos, fueran católicos u ortodoxos. Ellos fueron las víctimas de las matanzas por motivos religiosos, no los responsables. Y eran los que más abogaban por el multiculturalismo. Por tanto, es posible. Incluso podías encontrar a personas que decían ser musulmanas ateas, o ateas musulmanas.

DENNETT: ¡Vaya!

HITCHENS: En Sarajevo sí. Lo cual es técnicamente imposible. El problema es si creemos que el totalitarismo es innato a todas las religiones, porque por naturaleza necesitan una autoridad absoluta, incuestionable y eterna. A mí no me cabe la menor duda.

DENNETT: Sí, a todas.

HITCHENS: Tiene que ser así. Los designios del Creador no pueden cuestionarse. Tanto da lo que opinemos acerca de su voluntad. Su voluntad es absoluta, y se extiende desde antes de nacer hasta después de la muerte. Ese es el origen del totalitarismo. Para mí, el islam sostiene eso de la forma más alarmante que existe. Llega como tercer monoteísmo en discordia y dice: «Ya no hace falta nada más. Se ha acabado. Dios ha hablado antes, lo reconocemos. Nuestro mensaje no es el único, pero sí es el definitivo. Llegados a este punto no hace falta debatir más».

HARRIS: «Y también afirmamos que no hay distinción entre los asuntos teológicos y los civiles».

HITCHENS: Eso es lo peor de este mundo. Sin duda lo peor que puede decir cualquier persona es que no hace falta investigar más, que ya sabes todo lo que necesitas saber y que el resto son glosas. Es lo más siniestro y peligroso, y es una premisa del islam que el resto no proclama de la misma manera.

DENNETT: Si me permites hacer de abogado del diablo un segundo…

HITCHENS: El cristianismo o el judaísmo no entran a valorar el islam, pero el islam sí lo hace con los otros credos. Aceptan todos los mensajes del judaísmo. Les encanta Abraham y su predisposición a sacrificar a su hijo. Les encanta. Tienen una gran estima por el nacimiento virginal y el resto de principios absurdos del cristianismo. Para ellos todo eso es la octava maravilla. «Ahora bien, uníos a nosotros porque tenemos la última palabra». Es brutal. Creo que nuestra existencia es incompatible con esa predicación.

DENNETT: Si me permites hacer de abogado del diablo un segundo, para que podamos aclarar al menos cuál es la postura…

HITCHENS: Preferiría hablar en nombre del diablo yo mismo, y sin cobrar. [*Se ríen*].

DENNETT: Todos podemos hablar en su nombre. Seguro que mucha gente piensa que es exactamente lo que estamos haciendo.

En mi opinión, que un hecho sea cierto no es razón suficiente para divulgarlo o para tratar de descubrirlo. Me tomo bastante en serio la idea de que hay cosas que simplemente no deberíamos intentar descubrir. Y pienso que al menos deberíamos valorar el supuesto de que es posible saber más de lo necesario.

Bien, si aceptamos esto, una de las posibilidades que debemos considerar en serio es la noción musulmana de que Occidente ha ido demasiado lejos, que hay muchas cosas que no conviene saber y que la vida nos iba mejor sin conocerlas. Incluso si rechazáramos esta idea, deberíamos al menos considerarla. Y el hecho es que a muchos musulmanes les gustaría ir hacia atrás en el tiempo, cosa que obviamente no pueden hacer. Pero empatizo en cierta medida con el musulmán que dice: «Sí, bueno, se ha descubierto el pastel. Ya es demasiado tarde. ¡Menuda tragedia! En Occidente habéis asumido verdades que ahora nos estáis imponiendo, y son verdades que como especie no nos conviene saber».

HITCHENS: Me has dejado de piedra. ¿Me podrías poner un ejemplo, en la teoría o en la práctica, de algo que esté en nuestras manos saber y que pudiéramos ocultarnos? Porque debo admitir que, en un mundo sin fe, se me hace más difícil de imaginar.

HARRIS: Bueno, tú has mencionado antes la curva de campana de Herrnstein y Murray. Si hubiera diferencias patentes de inteligencia entre razas o sexos distintos…

HITCHENS: Pero no creo que ninguno de los que estamos aquí creamos eso. Seguro que has pensado en algo que podrías creer, pero que preferirías no saber.

DENNETT: Bueno, no creo que cueste mucho pensar en cosas que, de ser ciertas, la raza humana haría mejor en seguir ignorando.

HITCHENS: ¿Podrías concretar un poco más? Me tienes en ascuas.

DAWKINS: Las hipótesis están bien, pero lo que Christopher quiere saber es si alguna vez has reprimido algo que…

HITCHENS: ¿Tienes algo concreto en mente, Dan?

DENNETT: No, no.

DAWKINS: Ah.

HITCHENS: ¿Puedes imaginar una situación en la que actuaras así? Yo soy incapaz.

DENNETT: Sí, sí puedo imaginarlo. Espero que nunca llegue el día.

HARRIS: Un ejemplo puede ser la síntesis de armas biológicas. ¿La revista *Nature* debería publicar la fórmula de la viruela?

DENNETT: Eso es, exacto. Hay miles de cosas así.

HITCHENS: Vale, sí. Pero ese no sería un conocimiento respecto al que deberíamos seguir en la inopia. Sería más como una capacidad.

HARRIS: Seguro que se te ocurre una coyuntura en la que alguien investigara algo cuya única aplicación imaginable fuera inmoral. O algo que, si se divulgara, daría el poder a quien no debería.

Pero has sacado un tema que me parece crucial. A mi juicio, nuestros oponentes no nos acusan de difundir verdades sediciosas al islam o al resto del mundo, sino de no aceptar hechos que no sean fácilmente cuantificables o debatibles en términos científicos. La réplica por antonomasia que nos hacen es: «Demuéstrame que quieres a tu esposa», como si se tratara de un argumento demoledor contra el ateísmo. No puedes demostrarlo. Bueno, si lo desglosas un poco sí puedes… Puedes demostrarlo. Sabemos a qué nos referimos cuando

hablamos del amor, pero existe un ámbito de lo sagrado que a la ciencia le cuesta reflejar, y el discurso científico se lo ha cedido al religioso.

DENNETT: Sí, y al artístico.

HARRIS: Sí.

DENNETT: Que no es necesariamente religioso.

HARRIS: Pero considero que el arte ni siquiera lo refleja bien, como tampoco refleja bien el amor o la compasión. Puedes representarlos por medio del arte, pero no son reducibles al terreno artístico. Si entras en un museo, no hallarás la compasión en su forma más pura. Y creo que, por algún motivo, cuando los ateos rechazamos las premisas falaces de los devotos, estos se reafirman aún más en la idea de que se nos escapa algo. Pienso que deberíamos tenerlo en cuenta.

HITCHENS: En efecto. Por eso recurren al argumento de que el secularismo jamás ha hecho cosas como las catedrales de Durham o Chartres, y nunca ha pintado o compuesto música pía como…

DENNETT: La de Bach.

HITCHENS: Sí, supongo que mencionarían a Bach.

HARRIS: Pero podemos responder.

HITCHENS: Sí.

HARRIS: Una respuesta genial sería plantear que no sabemos qué habría pasado si hubiera habido patrones artísticos seculares en aquel momento. En primer lugar, no sabemos si Miguel Ángel era creyente, porque la consecuencia de declararte no creyente entonces era la muerte. Y en segundo lugar, si a Miguel Ángel lo hubiera contratado una organización secular, todo su arte también lo sería.

HITCHENS: No he dicho que el corolario se sostuviera.

HARRIS: ¿Cuál?

HITCHENS: Creo que, en lo que atañe a la pintura y la escultura de origen religioso, ciertamente no podemos saber si el patronazgo tuvo mucho que ver o no. Pero no me imagino planteando: «Si hubiera habido un pintor secular, habría hecho obras igual de buenas». No sé por qué no me imagino diciendo eso. Y no me molesta no saber por qué…

DAWKINS: ¿Cómo? ¿Crees que si a Miguel Ángel le hubieran encargado el techo de un museo de ciencia no habría hecho una maravilla igual?

HITCHENS: En cierto modo soy reticente a afirmarlo, sí.

DAWKINS: ¿De veras? Pues yo estoy casi seguro de que sí.

HITCHENS: Esa podría ser una diferencia entre nosotros. Por ejemplo, la poesía religiosa… No entiendo tanto de pintura o arquitectura. Algunos edificios religiosos, como San Pedro, no me gustan, y saber que se construyeron vendiendo indulgencias tampoco ayuda demasiado. Pero con la poesía pía, como puede ser la de John Donne[62] o la de George Herbert[63], me cuesta horrores imaginar que fue fingida o que se hizo para un mecenas.

DAWKINS: Vale, en eso te doy la razón.

HITCHENS: Es muy improbable que alguien escribiera poemas como esos para complacer a nadie.

DAWKINS: Pero, en cualquier caso, ¿cuál es tu conclusión? ¿Qué importa si la poesía religiosa de Donne es extraordinaria? Eso no demuestra para nada que contenga la verdad.

HITCHENS: En absoluto. Mi poema religioso favorito es «Church Going» de Philip Larkin[64]. Es uno de los mejores poemas que se han escrito jamás. Ojalá lo tuviera aquí; bueno, en realidad sí lo tengo… Si queréis lo puedo leer. Pero no confiaría en nadie que creyera más, ni menos, que Larkin entrando en una iglesia gótica apartada, en medio de la campiña inglesa. No confiaría en nadie que sintiera —no «creyera», no debería usar esa palabra—, más que él ni en nadie que sintiera menos que él. Larkin era ateo, pero hay algo grave en este poema, algo grabado en la personalidad humana, además del paisaje. Obviamente, no dice ni una palabra acerca de la verdad religiosa.

DENNETT: Pero para mí no es más que un caso especial. Hay otros casos especiales que… No se me ocurre el ejemplo perfecto. Es decir, solo si pasaras dos años perdido en alta mar en un bote, sobreviviendo, podrías llegar a escribir una crónica sobre ello. Eso no es ficción, y es una producción artística magnífica, veraz. Eso puede ser verdad, y nos limitamos a aceptarlo. Es cierto. Y la poesía de Donne solo fue posible bajo circunstancias realmente extremas, y tal vez debamos estar agradecidos de que existieran y lo hicieran posible.

HARRIS: En su caso sí. Pero no recomendarías a todo el mundo que fuera a perderse en el mar.

DENNETT: No, no.

HITCHENS: No. Ni tampoco recomendaría la perspectiva de «Death Be Not Proud»[65] a cualquiera. El soneto es sensacional, pero si te fijas solo en las palabras es un galimatías de cuidado. Pero hay un factor escondido

que asumo que persistirá y que habrá que afrontar, cosa que no me inquieta para nada.

HARRIS: Cierto. Sea como sea, antes has sacado el tema de si queremos que las iglesias estén vacías los domingos, y no tenías claro que quisieras eso. Creo que estoy de acuerdo. Me gustaría que hubiera una Iglesia distinta, con ritos diferentes y motivada por ideas diferentes. Así y todo, considero que hay espacio para lo sagrado en nuestras vidas, siempre y cuando se interprete de una forma que no presuponga sandeces. Para mí es útil consagrarnos a buscar la profundidad.

HITCHENS: Por descontado.

HARRIS: Y, a veces, cuando los ateos nos olvidamos de esta cuestión, hacemos parecer más sabios incluso a nuestros rivales más chiflados. Tuvo que venir Sayyid Qutb[66] a demostrarlo, un tipo que está loco de atar, el filósofo favorito de Osama bin Laden. Hacia 1950 vino a Greeley, Colorado, y vivió un año en Estados Unidos. Se dio cuenta de que sus anfitriones invertían el tiempo en chismorrear acerca de las estrellas de cine, a recortar los setos y a codiciar los coches de los demás. Llegó a la conclusión de que Estados Unidos, u Occidente, se preocupaba por cosas tan banales y era tan materialista que se tenía que destruir. No es que dé la más mínima credibilidad a su ideología, pero tenía parte de razón. Lo que fascina a buena parte de la gente en su día a día, de forma casi generalizada, tiene algo de trivial y horrible. Hay una diferencia entre dedicarte a cosas sabias y provechosas y distraerte de forma perpetua. E históricamente la religión es la única que ha tratado de exponer esa diferencia. Entiendo que es un error…

DAWKINS: Creo que ya has expuesto esta idea y la hemos aceptado. Volviendo a la cuestión de si queremos ver las iglesias vacías, a mí sí me gustaría verlas sin gente. No obstante, lo que no me gustaría es que se ignorara la Biblia.

HITCHENS: No, ¡eso nunca!

DAWKINS: Porque no se puede entender la literatura sin conocer la Biblia. Por razones históricas que no podemos corregir —porque ya han pasado—, somos incapaces de entender el arte, la música y muchísimas otras cosas sin la Biblia. Por tanto, aunque no vayas a misa ni reces, debes entender lo que significaba para la gente rezar, por qué lo hacían, lo que significan los versículos y…

HARRIS: ¿Pero solo con ese fin? ¿Para comprender históricamente la ignorancia de nuestros antepasados?

DAWKINS: No solo puedes comprenderla; también te puedes sumergir en ella, como te adentras en una obra de ficción sin llegar a creer que los personajes existen de verdad.

DENNETT: ¿Pero seguro que quieres ver las iglesias vacías? ¿No puedes figurarte iglesias con ritos, fidelidad, música y un propósito? Un lugar que a ellos se les antojaría sumamente desnaturalizado en el que se entonaran canciones y se practicaran ceremonias, pero en el que se hubiera suprimido la irracionalidad.

DAWKINS: Ah, vale. O sea, para acoger funerales y bodas.

DENNETT: Sí, y…

DAWKINS: …bella poesía y música.

DENNETT: Y quizá también para…

DAWKINS: …solidaridad colectiva.

DENNETT: Para la solidaridad colectiva; crear un proyecto que, de lo contrario, costaría hacer despegar.

HITCHENS: Creo que hay otra cosita más. No me ha apetecido volver a la iglesia desde que era un chaval, pero hay un motivo que me ayuda especialmente a mantenerme alejado: el uso de la Biblia en inglés moderno**[67]**.

DAWKINS: Sí. ¡Alucinante! [*Se ríen*].

HITCHENS: No le veo el sentido. No entiendo cómo hay gente que asiste, y entiendo perfectamente por qué hay gente que no. Han tirado por la borda…

HARRIS: Toda la poesía, claro.

HITCHENS: …una perla más valiosa que su tribu**[68]**.

DAWKINS: Sin duda.

HITCHENS: No saben ni lo que tienen. Es terrible. Si fuera un católico no practicante y estuviera dando vueltas a cómo querría que fuera mi funeral, lo cual no es algo que…

DENNETT: Lo único que pedirías sería la misa latina.

HITCHENS: ¡Sí!

DENNETT: Por supuesto.

DAWKINS: Pero aquí hay otra cuestión. Cuando lo absurdo se vuelve inteligible, es más transparente. Por tanto, en latín tiene más posibilidades de sobrevivir. Es como un insecto camuflado: puede atravesar la valla porque no lo ves. Cuando se traduce, no ya al inglés, sino al inglés moderno, lo ves con toda la barba.

DENNETT: Pero, en serio, ¿te complace ver que los credos modernizan sus textos y usan…?

DAWKINS: No. Desde el prisma de la estética lo cierto es que no.

HITCHENS: Tiene lo peor de ambos mundos.

DENNETT: Sí, pienso igual.

HITCHENS: Deberíamos estar agradecidos. Esto no se lo hemos hecho nosotros. [*Se ríen*].

DENNETT: Así es. No se lo impusimos nosotros, lo hicieron ellos mismos.

HARRIS: No fuimos lo bastante sagaces.

HITCHENS: Tampoco hacemos saltar por los aires mezquitas chiíes, ni los Budas de Bamiyán. No profanamos. Por los motivos que apunta Sófocles en *Antígona*, tenemos una reticencia natural a la profanación y al sacrilegio. La destrucción de iglesias, la quema de sinagogas o la destrucción de mezquitas de otras ramas se las dejamos a los beatos. Creo que esta idea deberíamos desarrollarla más, porque creo que tienen miedo —esta era la idea inicial— de que deseemos un mundo de algún modo desprovisto de este eco musical, poético, numinoso, etc. Que en *Un mundo feliz* seríamos felices. Y como no creo que ninguno de nosotros apoyemos…

DAWKINS: No, ni por asomo.

DENNETT: No, claro que no.

HITCHENS: Considero que es una noción que deberíamos esforzarnos más por transmitir. Las guerras santas, los conflictos religiosos o las teocracias suelen desembocar mucho más en el clamoroso vacío de la nada que el laicismo propiamente dicho; el cual, por tanto, no debería solo permitir o tolerar algo como la fe, o tratarla con condescendencia, sino, en cierto sentido, aplaudir su persistencia. Tengo la sensación de que lo he expresado mejor que antes.

HARRIS: ¿Qué quieres decir con «algo como la fe»?

DENNETT: ¿Como la fe?

HITCHENS: Algo como la creencia de que tiene que haber más de lo que podemos llegar a saber.

DENNETT: Bien, eso sí.

HARRIS: Dan cree en eso. Eso no es fe.

DENNETT: ¡Ya lo creo!

HARRIS: Somos conscientes de que queda mucho por saber, y que hay mucho que seguramente no sabremos nunca.

HITCHENS: Este era mi objetivo original al decir que, si pudiéramos encontrar una forma de distinguir entre lo numinoso y lo supersticioso, lograríamos algo culturalmente trascendental. Richard y yo debatimos en el Methodist Central Hall con Scruton[69] y un grupillo bastante raro que repetía sin cesar (Scruton el que más): «¿Y los viejos chapiteles góticos? ¿No son preciosos?». Y yo dije: «Miren, yo escribí un libro sobre el Partenón. Me fascina, creo que todo el mundo debería ir a visitarlo, a estudiarlo y tal… Pero no creo que nadie debería rendir culto a Atenea. Hay que tener presente que probablemente el mensaje de ese bonito friso en relieve refleja algún sacrificio humano. El imperialismo ateniense tampoco era de color de rosa, ni siquiera durante el Siglo de Pericles». En otras palabras, el gran proyecto cultural podría consistir en rescatar los aportes artísticos y estéticos de la religión, descartando lo sobrenatural.

DENNETT: Y denunciando la maldad latente en su creación original. Es decir, no podemos disculpar las creencias y prácticas de los aztecas, pero podemos admirar y procurar preservar su arquitectura y los otros muchos rasgos de su cultura. Pero sus prácticas no [*se ríe*], ni sus creencias.

DAWKINS: Una vez me invitaron a un programa de radio británico titulado «Desert Island Discs», en el que tienes que elegir los ocho discos que te llevarías a una isla desierta y hablar de ellos. Y uno de los que escogí fue *Mache dich, mein Herze, rein* de Bach. Música sacra auténticamente maravillosa.

DENNETT: Es hermosa.

DAWKINS: Y la mujer que me entrevistaba era incapaz de entender por qué querría llevarme esta obra. La música es bonita, y la belleza se acentúa al saber lo que significa. Pero no tienes porqué creer en ello; es como leer ficción.

DENNETT: Exacto.

DAWKINS: Te puedes sumir en la ficción, emocionarte hasta llorar, pero a nadie se le ocurriría pedirte que creas en la existencia de un personaje, ni osará decirte que la tristeza que sientes refleja algo que pasó de verdad.

HITCHENS: Como el obispo irlandés que dijo haber leído *Los viajes de Gulliver* y que no se había creído ni una palabra[70]. [*Se ríen*]. Es el mejor apotegma…

Está claro que no somos vándalos culturales, pero tal vez deberíamos plantearnos por qué tanta gente sospecha que lo somos. Si

tuviera que aceptar una crítica que hace esa gente, o una sospecha que imagino —o me temo— que alberga esa gente, sería esta: que con nosotros reinarían el cromo y el acero.

DENNETT: El fin de los villancicos de Navidad, de las menorás, etc.

DAWKINS: Seguro que quienquiera que haga esa crítica no se ha leído ni uno de nuestros libros.

DENNETT: Ese es otro problema. No son solo nuestros libros, hay muchos. La gente no los lee. Se limitan a leer las críticas y deciden que el libro dice eso.

HITCHENS: Y ya se acercan de nuevo las desavenencias navideñas. Aún estamos en septiembre y ya las veo venir. Siempre que voy a un programa a debatir y sale el tema digo que fue Oliver Cromwell**[71]** el que taló los árboles de Navidad. Fueron los protestantes puritanos, los predecesores de los fundamentalistas americanos, los que dijeron que la Navidad era una blasfemia.

DAWKINS: Los Budas de Bamiyán nuevamente…

HITCHENS: ¿Respetas tus propias tradiciones? Porque yo sí. Es más, creo que Cromwell fue un gran hombre en muchos otros sentidos. A fin de cuentas, la Navidad es una fiesta pagana.

HARRIS: El año pasado nos pillaron a todos montando el árbol de Navidad.

DENNETT: Sí.

DAWKINS: Yo no tengo nada en contra de los árboles de Navidad.

DENNETT: Nosotros enviamos una felicitación, con fotos de…

HITCHENS: ¿Un botellón nórdico de dos pares de narices? ¡Me apunto!

DENNETT: Bueno, pero es más que eso.

HITCHENS: A nadie le gustan más que a mí los solsticios.

DENNETT: Nosotros cada año celebramos la Navidad con villancicos, cantando. Y tocamos la música canónica, no canciones navideñas laicas.

DAWKINS: ¿Por qué no?

DENNETT: Y es fabuloso. Esta parte del relato cristiano es fantástica. ¡Es un cuento bonito! Y puedes disfrutarlo en su totalidad sin creértelo.

DAWKINS: Una vez, en una comida, estaba sentado al lado de esa mujer que debatió con nosotros en Londres…

HITCHENS: La rabina Neuberger**[72]**.

DAWKINS: Sí, la rabina Neuberger. Me preguntó si bendecía la mesa cuando colaboraba con el New College. Y le dije que sí, obviamente, que era una simple cuestión de educación. Se enfadó porque le parecía hipócrita

que bendijera la mesa. Lo único que le dije es: «Bueno, tal vez para usted signifique algo, pero para mí no tiene ninguna importancia. Es una fórmula latina histórica, y me gusta la historia». Freddie Ayer[73], el filósofo, también bendecía la mesa. Esto es lo que decía: «No voy a mentir, pero tampoco voy a oponerme a pronunciar declaraciones sin sentido». [*Se ríen*].

HITCHENS: Esa es muy buena. El profesor Wykeham…

DAWKINS: Exacto, el profesor Wykeham.

HITCHENS: ¿Hemos respondido a tu pregunta sobre el islam?

HARRIS: No lo sé. En fin, haré otra pregunta que está relacionada. ¿Creéis que, como críticos de la religión, estamos moralmente obligados a censurar de forma equitativa? ¿O conviene distinguir que, entre el abanico de ideas religiosas y devociones, el islam ocupa un extremo y los amish, los jainistas y los demás el otro? Es decir, ¿hay diferencias reales que debamos tener muy en cuenta?

DENNETT: Sí, claro que deberíamos tenerlas en cuenta. Pero no tenemos que pasarnos el día haciendo funambulismo. Ya hay mucha gente que se dedica a señalar lo bueno, lo benigno. Concedido. Pero pasemos a los problemas, que es lo que hacen los críticos. Como hemos dicho antes, si escribiéramos libros sobre el sector farmacéutico, ¿dedicaríamos las mismas páginas a todo lo bueno que hacen? ¿O nos centraríamos en los problemas? Creo que es evidente.

DAWKINS: Creo que Sam se refiere más bien a…

HARRIS: Ya, pero podríamos criticar a Merck por ser especialmente ímproba en comparación con otras empresas, por ejemplo. Si analizáramos el sector farmacéutico, no todas las compañías serían igual de culpables de ciertas prácticas.

DENNETT: Ah, vale, bien… Entonces, la pregunta es si hay algo malo en…

DAWKINS: Sam pregunta si deberíamos criticar por igual a las diferentes religiones, y creo que tú hablas de la equidad al considerar el bien y el mal.

HITCHENS: Es decir, si todas las religiones son igual de malas.

DAWKINS: Equilicuá… ¿El islam es peor que el cristianismo?

HARRIS: Para mí, cuando hablamos de esta cuestión renunciamos a atraer a nuestra causa a posibles adeptos. Afirmar que todas las profesiones de fe son equivalentes en cierta medida es una táctica mediática, y prácticamente una obligación ontológica del ateísmo. Los medios dicen

que los musulmanes tienen extremistas, y que nosotros también los tenemos. En Oriente Medio hay yihadistas, y aquí hay gente matando a médicos abortistas. Pero la comparación no es justa. Las atrocidades cometidas bajo el paraguas del islam no se pueden ni equiparar con que haya un par de personas que maten a abortistas una vez cada diez años. Este es uno de los conflictos que tengo cuando practico el ateísmo. Nos maniata porque tenemos que procurar criticar a todo el mundo en todo momento, mientras que, en algunas cuestiones, podríamos contar con el apoyo de una mayoría de creyentes.

En Estados Unidos la mayoría piensa que la doctrina islámica de los mártires es espantosa y nada benigna. Puede matar a muchas personas y merece ser censurada. Igual que con la doctrina de que las almas viven en la placa de Petri. De hecho, la mayoría de cristianos (el setenta por ciento de norteamericanos) no quieren creerlo en vista de lo que promete la investigación con células embrionarias. Por tanto, en cuanto nos centramos en asuntos concretos, somos mayoría, mientras que si nos parapetamos en los baluartes ateos y denunciamos todas las falacias, perdemos el noventa por ciento de la gente a nuestro alrededor.

DAWKINS: Seguro que eso es cierto, pero lo que a mí más me preocupa no es la bajeza de la religión, sino su autenticidad o falsedad. Y lo cierto es que la hipotética existencia de un creador sobrenatural del universo me interesa enormemente. La cuestión es que esta creencia falsa me consume. Por consiguiente, aunque también me inquietan las maldades de la religión, tiendo a ser bastante equitativo, porque pienso que todos los credos afirman esto.

HITCHENS: Yo siempre diré que todas las religiones son igual de falsas, porque lo son al anteponer la fe a la razón. Y, al menos *a priori*, son igual de peligrosas.

DAWKINS: Igual de falsas sí, pero es obvio que no son igual de peligrosas, porque…

HITCHENS: No. Pero *a priori* pienso que sí.

DAWKINS: *A priori* es posible, tal vez sí.

HITCHENS: Porque abandonan su intelecto y están dispuestas a renunciar a la única facultad que nos distingue de los primates: la razón. Eso siempre es fatal.

DAWKINS: Es potencialmente peligroso.

HITCHENS: A mí los amish no me pueden hacer daño, pero es innegable que se lo pueden hacer a miembros de su comunidad si disponen de un

minisistema totalitario.

HARRIS: Pero no es exactamente lo mismo.

HITCHENS: El dalái lama afirma ser un rey dios, un monarca hereditario, un dios encarnado, básicamente. Es una idea de lo más repulsiva. Y encima en Dharamsala tiene montada una dictadura miserable y loa las pruebas nucleares. Lo único que le para los pies es su limitada capacidad de influencia, pero en realidad encarna el mismo mal.

HARRIS: Pero si a eso le añadieras la yihad, te agobiarías más.

HITCHENS: Mira, cada vez que he hablado con islamistas me han dicho: «Acaba de ofender a mil millones de musulmanes», como si hablaran en su nombre. Parecen decirlo como una amenaza directa, con un tono hostil y militar. O sea, si hubieran dicho: «Me acaba de ofender como musulmán», no habría sonado exactamente igual, ¿no? Si fuera la única persona que creyera en el profeta Mahoma… Pero no, son mil millones. Y lo que quieren decir con eso es: «¡Ándate con cuidado!». Me da igual. Aunque solo hubiera una persona que creyera que el arcángel Gabriel dictó los mandamientos al profeta Mahoma, seguiría diciendo lo mismo.

HARRIS: Sí, pero entonces dormirías como un lirón.

HITCHENS: Aunque solo lo creyera una única persona sería igual de peligroso, sin duda, porque se podría propagar. La creencia se podría generalizar.

HARRIS: Bueno, en el caso del islam se ha propagado y se sigue propagando, así que el peligro ya no es potencial, sino real.

DAWKINS: Yo no veo ninguna contradicción. Estáis hablando de cosas distintas.

HITCHENS: Sí, pero creo que todo eso se nivela muchísimo en la distancia y el tiempo. Es decir, yo no esperaba que en los años sesenta hubiera una amenaza como la que hubo por parte de los fundamentalistas judíos, y seguro que tú tampoco. Grupos relativamente pequeños, pero en posiciones muy importantes y estratégicas, decidieron intentar invocar al Mesías expropiando la tierra de otro pueblo y tratando de exterminarlo. Eran muy pocos, pero las consecuencias que ha tenido han sido nefastas. No pensábamos que el judaísmo supusiera una amenaza como esa, en absoluto, hasta que el movimiento sionista se anexionó al mesiánico, o se fusionó… porque los mesiánicos no eran sionistas, como bien sabes. Así que nunca sabes lo que te depara el futuro.

HARRIS: En eso estoy completamente de acuerdo.

HITCHENS: Y yo coincido en que es improbable que un cuáquero me rebane el cuello en el supermercado. Pero los cuáqueros sí predican que no hay que resistirse al mal, lo cual es una postura vil a más no poder.

HARRIS: Según el contexto, sí.

HITCHENS: ¿Puede haber algo más repugnante? Decir que ves el mal, la violencia y la crueldad pero no los combates.

DENNETT: Sí, ellos van a la suya.

HITCHENS: Leed a Franklin[74]. Veréis cómo actuaron los cuáqueros en una batalla crucial por la libertad en Filadelfia y sabréis por qué la gente les despreciaba. Por aquel entonces habría tildado al cuaquerismo de peligro grave para Estados Unidos. Así que todo se reduce a la distancia y al tiempo, pero lo cierto es que todos están igual de podridos y son igual de falsos, deshonestos, corruptos, ariscos y peligrosos.

HARRIS: Has dicho algo en lo que creo que deberíamos profundizar un poco. Nunca se pueden prever los peligros de la irracionalidad. Cuando te avienes a interactuar con los demás y con el universo afirmando verdades sobre las que no tienes conocimiento, las contingencias son potencialmente infinitas. Cojamos un ejemplo que acabamos de citar, la investigación con células madre: no puedes anticipar el peligro ulterior de creer que el alma entra en el cigoto en el momento de la concepción. La idea parece del todo benigna hasta que se empieza a investigar con células madre: entonces aquella idea se interpone en el camino de una investigación muy prometedora y capaz de salvar vidas. Casi nunca puedes prever cuántas vidas va a costar el dogmatismo, porque los conflictos surgen de forma inesperada.

HITCHENS: Por eso pienso que el momento en el que todo salió mal fue cuando los judíos mesiánicos ganaron el pulso a los judíos helenísticos: la celebración ahora benévolamente conocida como el Janucá. Ese fue el peor error de la raza humana. Unas cuantas personas volvieron a instaurar los sacrificios animales, la circuncisión y el culto de Yahvé en detrimento del helenismo y la filosofía. Y el cristianismo no es más que un plagio de todo eso. Sin ese suceso el cristianismo no habría acontecido nunca; y el islam tampoco. No me cabe duda de que habría habido otras sectas demenciales, pero habría existido la posibilidad de no destruir la civilización helenística.

HARRIS: Aún tendrías al dalái lama para quitarte el sueño.

HITCHENS: Bueno, no se trata de la cantidad de gente, sino de *memes* e infecciones, por así decirlo. En los años treinta habría afirmado sin duda

que la Iglesia católica era la organización más mortífera debido a su alianza con el fascismo; una alianza explícita, franca y sórdida. De lejos el credo más peligroso. Pero ahora no diría que el papa es la autoridad religiosa más peligrosa. Es indudable que el islam es la religión más peligrosa, y seguramente porque carece de un papado que le diga cuándo parar o que emita edictos diciendo…

HARRIS: Sí, no tienen un control jerárquico.

HITCHENS: Por supuesto. Pero debo decir que el judaísmo es el problema de fondo.

HARRIS: Aunque solo es el problema de fondo a causa de la obsesión musulmana con esas tierras. Si a los musulmanes les trajera sin cuidado Palestina, los colonos podrían proclamar la llegada del Mesías y todo lo que quisieran. No habría habido ningún problema. El único problema es que reclaman el derecho sobre unas tierras. Ambas partes son culpables, pero el único motivo por el que doscientos mil colonos podrían llegar a provocar un conflicto mundial es que hay mil millones de personas a las que les preocupa soberanamente si echan abajo la mezquita de Al-Aqsa y…

HITCHENS: Que es lo que ansían hacer. Porque creen que una parte del mundo es más santa que la otra, y que ninguna creencia podría ser más alocada, irracional o indecente que la otra. Así que basta con unos cuantos que opinen eso y que tengan el poder de hacer realidad su visión para correr el riesgo de avivar un conflicto entre civilizaciones. Y la civilización podría salir perdiendo. Creo que si conseguimos superar esta contienda sin ataques nucleares podemos darnos con un canto en los dientes.

HARRIS: Esto nos lleva a un tema apasionante. ¿Cuáles son nuestras mayores esperanzas y nuestros miedos más horribles? ¿Qué creéis que se podrá lograr durante la vida de nuestros hijos? ¿Qué posibilidades veis?

DENNETT: ¿Y cómo se podrían hacer realidad?

HARRIS: ¿Se nos ocurre alguna otra estrategia, aparte de la mera crítica? ¿Alguna medida práctica? Con mil millones de dólares, ¿qué podríamos hacer para que hubiera un cambio de mentalidad real?

HITCHENS: Yo me veo perdedor en la batalla política y vencedor en la intelectual.

DENNETT: ¿No crees que se pueda hacer nada?

HITCHENS: En la coyuntura actual, creo que no se nos puede acusar de engreídos si decimos o admitimos que hemos abierto un debate que se ha omitido durante demasiado tiempo, que lo hemos promovido y que

por lo general lo hemos ganado. De esto no hay ninguna duda en Estados Unidos ni en Gran Bretaña. Pero en términos globales somos una minoría diminuta que va de capa caída, y creo que seremos derrotados por las fuerzas teocráticas.

HARRIS: ¿O sea que apuestas contra nosotros?

HITCHENS: Tengo la sensación de que acabarán destruyendo la civilización. Hace mucho que lo pienso. Pero vamos a dar guerra.

DENNETT: Bueno, podrías tener razón. Podría haber una catástrofe puntual.

HITCHENS: He aquí mi mayor discrepancia con el profesor Dawkins. Creo que nosotros somos los auténticos garantes del laicismo en estos momentos, junto con la 82.ª y la 101.ª División Aerotransportada[75]. Somos los que combatimos al verdadero enemigo. Y probablemente los laicistas consideren esta actitud como la más excéntrica imaginable. Eso es estar en la luna. Para mí es un hecho incontestable. Solo gracias a la resolución de Estados Unidos para combatir y plantar cara a la teocracia tenemos opciones de vencerla. Nuestros argumentos son en balde.

HARRIS: Quizá tengas muchos simpatizantes, pero no en Irak. Quiero decir que tal vez sea necesario que la 82.ª División Aerotransportada libre otra guerra en un lugar distinto, con el fin manifestado.

HITCHENS: ¡*Voilà*! Por supuesto tengo reservas que debería expresar, y que te expondré de buen grado. Pero en principio, creo que es un reconocimiento muy importante.

DAWKINS: Por desgracia, se nos está acabando el tiempo.

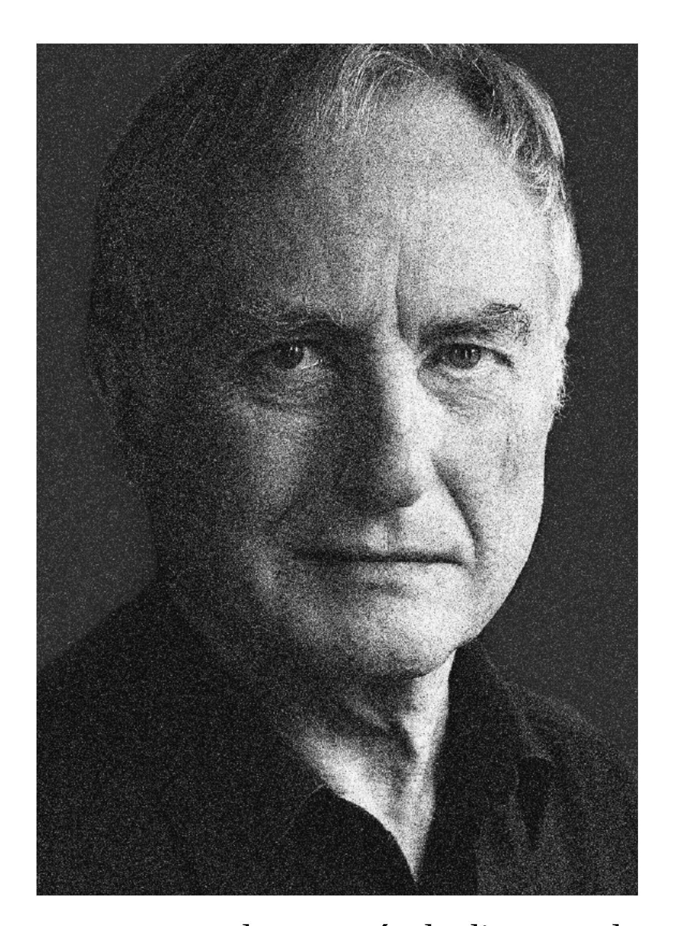
HITCHENS: Y quizá también la cinta… [*Se ríen*].

DAWKINS: El debate ha sido estupendo.

DENNETT: Sí, espléndido.

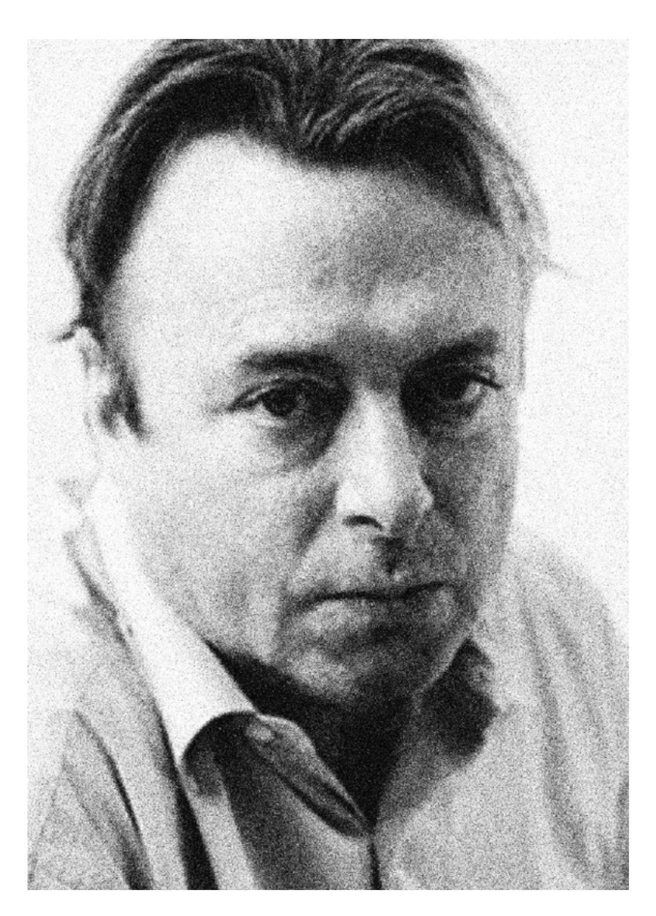
DAWKINS: Muchas gracias a todos.

DENNETT: Tenemos mucho en lo que pensar.



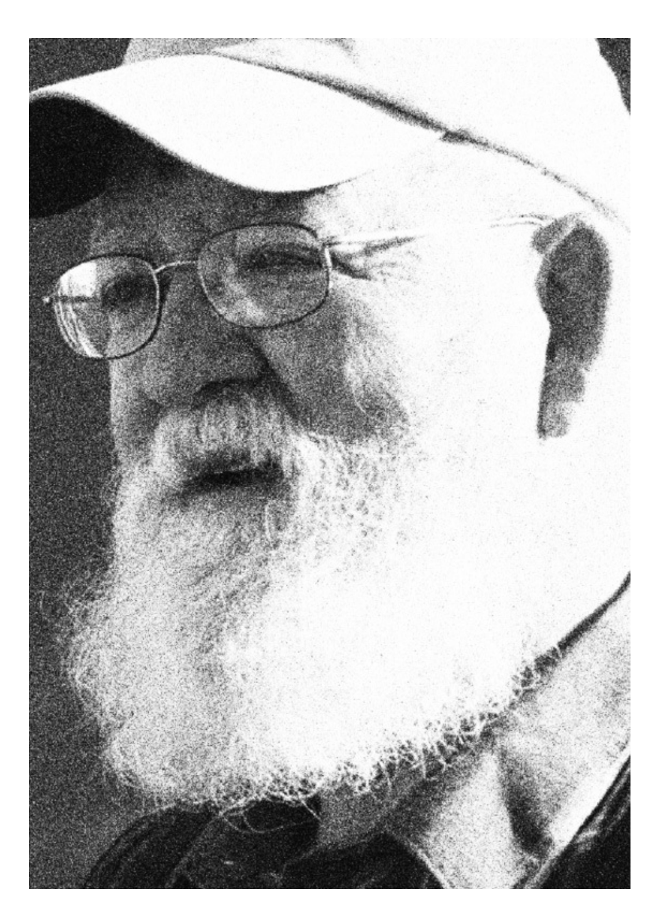
«Todos somos ateos respecto a la mayoría de dioses en los que la humanidad ha creído alguna vez. Algunos simplemente vamos un dios más allá».

RICHARD DAWKINS es socio de la Royal Society y fue el primer titular de la cátedra Charles Simonyi de la Universidad de Oxford para la Difusión Científica. Ha escrito muchos libros aclamados, como *El gen egoísta*, *El espejismo de Dios*, *La magia de la realidad*, *Escalando el monte improbable*, *Destejiendo el arco iris*, *El cuento del antepasado* y *Evolución: El mayor espectáculo sobre la Tierra*. Además, ha sido galardonado con una multitud de premios y distinciones, incluyendo el premio de la Royal Society of Literature, el premio Michael Faraday de la Royal Society, el Premio Kistler, el premio Shakespeare, el premio Lewis Thomas para obras de difusión científica, el premio al Autor del Año en los Galaxy British Book Awards y el premio International Cosmos de Japón.



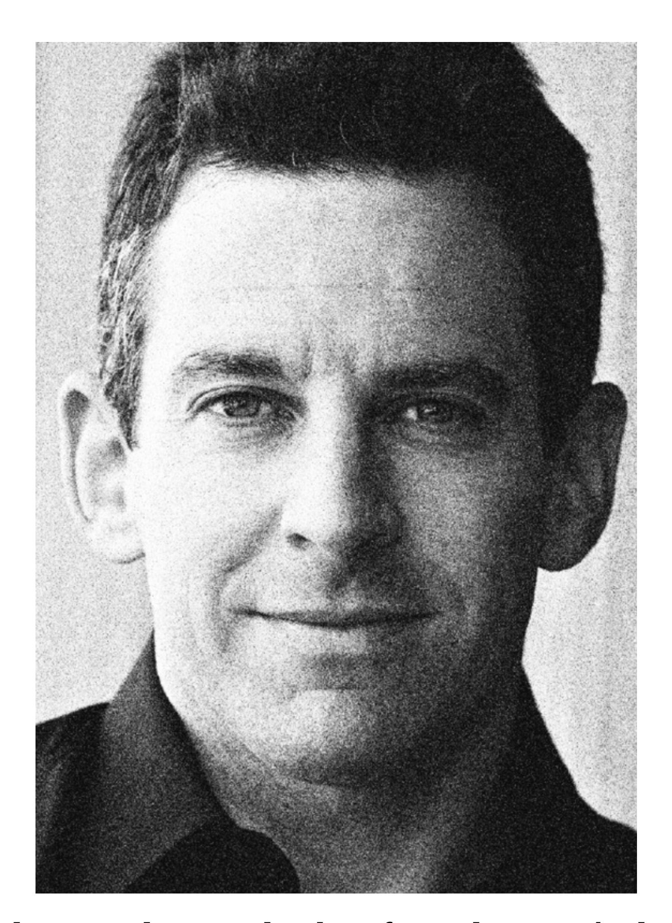
«Una razón por la que siempre he detestado la religión es su astuta tendencia a insinuar que el universo está diseñado con nosotros en mente o, lo que es peor, que existe un plan divino en el que uno encaja, lo sepa o no. Esta modestia es demasiado arrogante para mí».

CHRISTOPHER HITHCENS nació en Inglaterra en 1949 y se licenció en el Balliol College de la Universidad de Oxford. Fue profesor invitado de Artes Liberales en la New School de Nueva York y catedrático I. F. Stone en la Escuela de Posgrado de Periodismo de la Universidad de California, en Berkeley. Escribió más de veinte libros, incluyendo antologías de ensayos, críticas y reportajes. Su libro *Dios no es bueno: Alegato contra la religión* fue finalista del National Book Award en 2007 y un superventas en todo el mundo. *Hitch-22*, sus memorias, fue finalista del National Book Critics Circle Award en 2010. También fue columnista, crítico literario y colaboró en la redacción de *Vanity Fair*, *The Atlantic*, *Slate*, *Times Literary Supplement*, *The Nation*, *New Statesman*, *World Affairs* y *Free Inquiry*, entre otras publicaciones. Tuvo tres hijos y murió en diciembre de 2011 a los 62 años.



«El amable Dios que amorosamente nos ha creado (a todas las criaturas, grandes y pequeñas) y que, para nuestra delicia, ha esparcido por el cielo las estrellas relucientes, ese Dios es, como Papá Noel, un mito de la infancia».

DANIEL DENNETT es profesor universitario y catedrático Austin B. Fletcher de Filosofía, además de codirector del Centro de Estudios Cognitivos de la Universidad Tufts. Es miembro de la Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias y de la Academia Europea de Ciencias y Artes. Es uno de los filósofos de la ciencia más destacados en el ámbito de las ciencias cognitivas, especialmente en el estudio de la conciencia, la intencionalidad, la inteligencia artificial y de la memética. También son significativas sus aportaciones acerca de la significación actual del darwinismo y la religión. Ha escrito varios libros, incluyendo *Romper el hechizo*, *La evolución de la libertad*, *La peligrosa idea de Darwin* y, más recientemente, *Bombas de intuición y otras herramientas del pensamiento*.



«El presidente de los Estados Unidos ha afirmado en más de una ocasión estar en diálogo con Dios. Si dijera que habla con él a través del secador de pelo, esto precipitaría una emergencia nacional. No entiendo por qué la adición de un secador hace la afirmación más ridícula u ofensiva».

SAM HARRIS es licenciado en Filosofía por la Universidad Stanford y lleva veinte años estudiando las tradiciones religiosas orientales y occidentales, así como una variedad de disciplinas contemplativas. Actualmente Harris está terminando un doctorado en Neurociencia en el que indaga sobre la base neuronal de la fe, la incredulidad y la incertidumbre mediante la imagen por resonancia magnética funcional (IRMf). Es autor de *El fin de la fe: Religión, terror y el futuro de la razón*, libro superventas del *New York Times* y ganador en 2005 del premio PEN de no ficción. Sus obras han sido reseñadas en *The New York Times*, *The Los Angeles Times*, *The San Francisco Chronicle*, *The Economist* y *New Scientist*, entre otras muchas revistas, y ha aparecido en numerosos programas televisivos.

Notas

[1] Falacia habitual en las divisiones sobre nacionalismos y credos. Consiste en negar cualquier ejemplo que contradice una premisa inicial afirmando que dicho ejemplo no entra en la categoría inicialmente señalada. (N. del T.) <<

[2] Neologismo ideado por Richard Dawkins para referirse a la unidad cultural transmitida entre generaciones. (N. del T.) <<

[3] Compárese y contrástese la afirmación con los Cuatro Jinetes, que en las páginas siguientes hacen gala de su gran erudición respecto a las Escrituras y la teología. <<

[4] youtube.com/watch?v=sOMjEJ3JO5Q. <<

[5] youtube.com/watch?v=n7IHU28aR2E. <<

[6] Sagan, Carl, *Un punto azul pálido: Una visión del futuro humano en el espacio*. Planeta, Barcelona, 2006. **<<**

[7] islamqa.info/en/27280. <<

[8] catholic.org/encyclopedia/view.php?id=9745. <<

[9] Stephen Jay Gould, «La evolución como un hecho y una teoría», en *Dientes de gallina y dedos de caballo*. RBA, Barcelona, 1995. <<

[10] Fred Hoyle, *La nube negra*. Ediciones B, Barcelona, 1988. <<

[11] Lawrence M. Krauss, *Un universo de la nada: ¿Por qué hay algo en vez de nada?*. Pasado y Presente, Barcelona, 2013. <<

[12] Daniel Dennett y Deb Roy, «Our transparent future», *Scientific American*, marzo de 2015. <<

[13] Andrew Parker, *Scientific American*. Basic Books, Nueva York, 2003. <<

[14] Dennett y Roy, «Our transparent future», p. 67. <<

[15] Christopher Hitchens, *Dios no es bueno: Alegato contra la religión*. Debate, Barcelona, 2008. <<

[16] Daniel Dennett, *Romper el hechizo: la religión como un fenómeno natural*. Katz, Madrid, 2007. <<

[17] Tariq Ramadan (nacido en 1962) es un intelectual y escritor musulmán suizo, profesor de Estudios Islámicos Contemporáneos en la Universidad de Oxford. <<

[18] Bill Donohue (nacido en 1947) es un sociólogo norteamericano, presidente de la Liga Católica por los Derechos Religiosos y Civiles. <<

[19] Andrés Serrano (nacido en 1950) es un artista y fotógrafo norteamericano. <<

[20] *The Holy Virgin Mary* (1996), del artista británico Christopher Ofili (nacido en 1968). **<<**

[21] Daniel Barker (nacido en 1949) es un activista ateo norteamericano y expredicador cristiano. Es copresidente de la Freedom From Religion Foundation. <<

[22] Francis Collins (nacido en 1950) es un genetista y físico norteamericano, director de los National Institutes of Health en Bethesda (Maryland). <<

[23] samharris.org/blog/item/the-strange-case-of-francis-collins. <<

[24] Graham Greene (1904-1991) fue un novelista inglés que se convirtió al catolicismo justo antes de casarse. Más tarde se describió a sí mismo como un «ateo católico». <<

[25] Francis Collins, *Cómo habla Dios*. Ariel, Barcelona, 2006. <<

[26] John Fenton (1921-2008) fue un sacerdote y teólogo anglicano, canónigo de la Christ Church de Oxford entre 1978 y 1991. <<

[27] Jerry Falwell (1933-2007) fue un pastor bautista y evangelista norteamericano, cofundador en 1979 de Moral Majority. <<

[28] Agnes Gonxha Bojaxhiu (1910-1997), conocida como Teresa de Calcuta, fue una monja y misionera católica que en 1950 fundó la orden de las Misioneras de la Caridad. <<

[29] Louis Walcott, más tarde Farrakhan (nacido en 1933) es un nacionalista negro norteamericano y líder de la organización religiosa de Estados Unidos Nación del Islam. <<

[30] Alister McGrath (nacido en 1953) es un sacerdote y teólogo norirlandés, titular de la cátedra Andreas Idreos de Ciencia y Religión en la Universidad de Oxford. <<

[31] «Certum est, quia impossibile»: De Carne Christi, 5. <<

[32] James Jones (nacido en 1948) es un sacerdote anglicano, obispo de Liverpool entre 1998 y 2013. <<

[33] Colin Slee (1945-2010) fue un sacerdote anglicano, preboste de Southwark desde 1994 y deán desde el año 2000 hasta su muerte. <<

[34] Henry Louis Mencken (1880-1956) fue un escritor de Estados Unidos especialista en inglés americano. <<

[35] William Jennings Bryan (1860-1925) fue un político y orador demócrata norteamericano. Fue un activista antievolucionista que representó a la World Christian Fundamentals Association en el juicio de Scopes de 1925. <<

[36] Noam Chomsky (nacido en 1928) es un lingüista y académico multidisciplinar norteamericano muy influyente en el estudio de la mente y el lenguaje. <<

[37] Steven Pinker, *Scientific American*. W. W. Norton, Nueva York, 1997, pág. ix. <<

[38] John Cornwell (nacido en 1940) es un académico y escritor británico. Entre sus obras destaca *El papa de Hitler* (1999), una obra crítica con el papa Pío XII. <<

[39] En mayo de 2005 se acusó al activista antibélico y miembro del Parlamento británico George Galloway (que en septiembre del mismo año debatió con Christopher Hitchens acerca de la guerra de Irak) de haberse lucrado con el programa Petróleo por Alimentos de la ONU en Irak. Compareció ante un comité del Senado de Estados Unidos y lo negó diciendo: «No comercio ni he comerciado nunca con petróleo, ni lo ha hecho nadie en mi nombre. No he visto, tenido ni vendido en mi vida un barril de petróleo…». <<

[40] John Burdon Sanderson Haldane (1892-1964) fue un científico y demógrafo británico, después nacionalizado indio. <<

[41] Victor Stenger (1935-2014) fue un físico de partículas, filósofo y aclamado escritor norteamericano de libros científicos. Entre sus obras destaca *Scientific American*. Prometheus, Nueva York, 2007. <<

[42] Dinesh D’Souza (nacido en 1961) es un comentarista político, escritor y cineasta indio nacionalizado norteamericano. Entre 2010 y 2012 fue presidente del The King’s College, una escuela cristiana de Nueva York. <<

[43] Dinesh D'Souza, *Scientific American*. Regnery, Washington D. C., 2007.
<<

[44] Michael Shermer (nacido en 1954) es un escritor e historiador de la ciencia norteamericano, fundador de la Skeptics Society. Véase «Michael Shermer decodes the Bible Code» (23 de julio de 2007), en youtube.com/watch?v=Lk3VgQgxiqE. <<

[45] Hugh Montefiore (1920-2005) fue un sacerdote y teólogo anglicano inglés, obispo de Kingston entre 1970 y 1978, y obispo de Birmingham entre 1978 y 1987. <<

[46] Presunta respuesta de J. B. S. Haldane cuando se le preguntó si había algo que pudiera sacudir su fe en la evolución. <<

[47] James Wolfensohn (nacido en 1933) es un abogado, banquero y economista australiano nacionalizado norteamericano, presidente del Banco Mundial desde 1995 a 2005 y enviado especial del Cuarteto Diplomático de la ONU para la retirada de Gaza entre 2005 y 2006. <<

[48] Kenneth R. Miller (nacido en 1948) es profesor de biología y profesor Royce de Excelencia en la Docencia por la Universidad Brown. <<

[49] William James (1842-1910) fue un filósofo y psicólogo norteamericano, autor de *Las variedades de la experiencia religiosa*. Península, Barcelona, 2002. <<

[50] Pervez Hoodbhoy (nacido en 1950) es un físico nuclear paquistaní que promueve la libertad de expresión, la educación y el laicismo en su país. <<

[51] Grupo de interés progresista de Estados Unidos formado en 1998. <<

[52] Larry Craig (nacido en 1945) es un exsenador republicano por Idaho (1991-2009). En junio de 2007 fue arrestado por «conducta obscena». Más tarde se declaró culpable de una falta de «desorden público» y afirmó que no era gay, y que jamás lo había sido. <<

[53] Thomas Henry Huxley (1825-1895) fue un biólogo inglés partidario de la evolución darwiniana. Cobró especial renombre en el debate de 1860 sobre la cuestión celebrado por la British Association en Oxford, oponiéndose a Samuel Wilberforce. <<

[54] Samuel Wilberforce (1805-1873) fue un clérigo anglicano, obispo de Oxford desde 1845. Participó en el debate de 1860 sobre la evolución, en el que se opuso a la afirmación de Darwin de que humanos y primates tenemos antepasados en común. <<

[55] Clarence Darrow (1857-1938) fue un abogado norteamericano. Defendió al maestro John Scopes en el juicio contra él en 1925, oponiéndose a Bryan. <<

[56] Billy Graham (1918-2018) fue un ministro bautista y evangelista norteamericano. Es renombrado por los concurridos mítines en locales cerrados y al aire libre en los que recitaba sus sermones. <<

[57] Wicannos: seguidores de la wicca, una religión pagana con bastantes adeptos en Estados Unidos basada en la brujería y en la tradición de credos antiguos. (N. del T.) <<

[58] Ayaan Hirsi Ali (nacida en 1969) es una pensadora y activista neerlandesa nacionalizada norteamericana. Nacida en Somalia, es una voz crítica con el islam y defensora de los derechos de las mujeres musulmanas. Véase pág. 24. <<

[59] Seudónimo de un crítico anónimo del islam, uno de los fundadores del Instituto por la Secularización de la Sociedad Islámica en 1998. <<

[60] Samuel Huntington (1927-2008) fue un politólogo y asesor presidencial norteamericano. En 1993 planteó su teoría del «choque de civilizaciones» en el libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (1996). <<

[61] María Rosa Menocal, *La joya del mundo: Musulmanes, judíos y cristianos, y la cultura de la tolerancia en al-Ándalus*. Plaza & Janés, Barcelona, 2003. <<

[62] John Donne (1572-1631) fue un poeta y clérigo inglés, deán de la catedral de San Pablo a partir de 1612. Escribió poesía y prosa tanto laica como religiosa. <<

[63] George Herbert (1593-1633) fue un poeta y clérigo galés, canónigo de la catedral de Lincoln a partir de 1626. <<

[64] Philip Larkin (1922-1985) fue un poeta y escritor inglés, bibliotecario de la Universidad de Hull a partir de 1955. «Church Going» forma parte de su obra de 1955 *Un engaño menor*. <<

[65] También conocido como «Sonnet X». Poema de John Donne, parte del poemario *Divine Meditations*, escrito en 1609 y publicado por primera vez (póstumamente) en 1633. <<

[66] Sayyid Qutb (1906-1966) fue un islamista radical egipcio, líder de los Hermanos Musulmanes. <<

[67] La *New English Bible* es una Bibla traducida al inglés en la segunda mitad del siglo XX usando un estilo y un lenguaje más moderno. (N. del T.) **<<**

[68] Cita textual de *Otelo*, de Shakespeare. Acto 5, escena 2. (N. del T.) **<<**

[69] Roger Scruton (nacido en 1944) es un filósofo y escritor conservador inglés. <<

[70] Carta de Jonathan Swift a Alexander Pope del 17 de noviembre de 1726. <<

[71] Oliver Cromwell (1599-1658) fue un protestante radical, soldado y político inglés. Fue el líder de las fuerzas del parlamento durante las guerras civiles y el lord protector de la Mancomunidad de Inglaterra entre 1653 y 1658. <<

[72] Julia Neuberger (nacida en 1950) es una rabina británica y representante en la Cámara de los Lores. Es rabina mayor de la West London Synagogue (sinagoga en el oeste de Londres). <<

[73] Alfred Jules Ayer (1910-1989), conocido como A. J. o «Freddie» Ayer, fue un filósofo británico. Entre sus obras destaca *Lenguaje, verdad y lógica* (1936), en la que propuso el «principio de la verificación». Fue catedrático Wykeham de Lógica en Oxford a partir de 1959. <<

[74] Benjamin Franklin (1706-1790) fue uno de los máximos exponentes de la Ilustración norteamericana y uno de los padres fundadores de Estados Unidos. Fue miembro del Comité de los Cinco que redactó el borrador de la Declaración de Independencia en 1776, y fue presidente de Pennsylvania entre 1785 y 1788. <<

[75] Divisiones de infantería aerotransportadas del ejército de Estados Unidos activas en Irak y Afganistán y especializadas en operaciones de ataque aéreo. <<